BRUGUERA

BOLSILIBROS

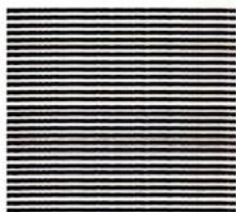
FUTURO

HEROES ESPACIO

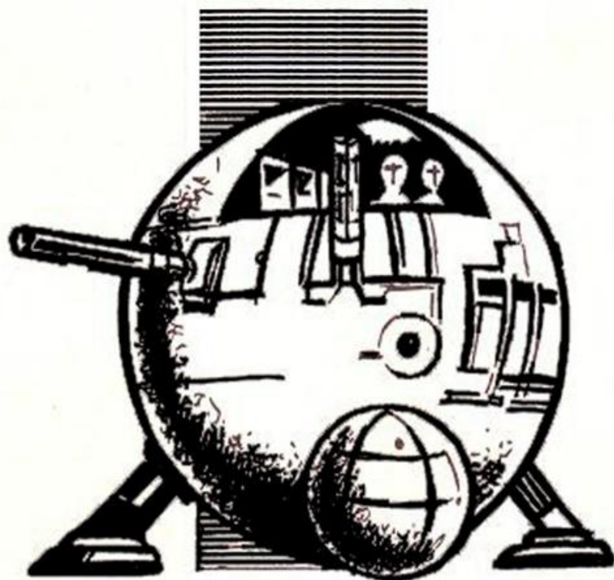
HUMANOIDES

ADAM SURRAY





héroes del ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

184 — *Vendieron nuestras vidas*, A. Thorkent.
185 — *Mañana es hoy*. Frank Caudett.
186 — *Traición en Urlanka*, A. Thorkent.
187 — *Telly en el paraíso*, Kelltom Mclntire.
188 — *Genocidio en Qu'ell*, Peter Kapra.

ADAM SURRAY

H U M A N O I D E S

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 189
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 BARCELONA
ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 35.491-1983

Impreso en España" - Printed in Spain

1.ª edición en España: diciembre, 1983
1.ª edición en América: junio, 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A**
Camps y Fabrés. 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Lee Stratten alzó su vaso de whisky.

—Por ti, Sissy. Apuesto que después de tu reportaje gráfico sobre las maravillas de Walsh Pass te será concedido un premio periodístico.

Sissy Cleese sonrió.

Fue un delicioso mohín en sus gordezuelos labios. Unos labios carnosos. Exultantes. Todo en Sissy era generoso. Unos ojos grandes. Senos opulentos. Amplias caderas...

—No te burles, Lee. Tengo otras cintas en reserva. Gasté un par de películas. Ayer noche. En la habitación del hotel. Mientras tú dormías.

Stratten parpadeó.

—¿Quieres decir...?

—Sí, Lee. Enfoqué desde todos los ángulos. Quise llevarme un buen recuerdo de ti.

—Pueden acusarte por traficar con material pornográfico.

Rieron al unísono.

Por los altavoces y en el tablero electrónico situado en el snack-bar de la estación se anunció la próxima salida del autocar con destino a Ritter City.

De nuevo un mohín en el bello rostro de Sissy Cleese. Terminó su consumición, para seguidamente descender del taburete.

—Bien... Creo que ha llegado el momento de la despedida, Lee.

Stratten rodeó con el brazo derecho los hombros femeninos.

Abandonaron el local.

Encaminaron sus pasos hacia uno de los vestíbulos. Desde allí se tenía acceso a los andenes de la Station Walsh.

Se detuvieron junto a una de las salidas.

—Adiós, Sissy. Han sido unos días maravillosos.

—Tampoco yo los olvidaré, Lee. Jamás hubiera soñado con encontrar tan encantador cicerone. No son muchas las millas que nos separan. Podemos volver cualquier día a encontrarnos, ¿verdad?

—Seguro.

Unieron sus labios.

Coincidiendo con un nuevo y último aviso para los viajeros con destino a Ritter City.

Sissy se alejó descendiendo por la escalera mecánica que conducía al andén de salida.

Lee Stratten encendió un cigarrillo dirigiendo sus pasos hacia uno de los amplios miradores de la semicircular terraza de la Station Walsh. A los pocos minutos, contempló cómo el autocar maniobraba para salir del carril de estacionamiento.

Stratten exhaló una bocanada de humo.

Ciertamente habían sido unos días maravillosos. Cinco días con Sissy Cleese. La muchacha se presentó en la WHM-3, Radio de Walsh Pass. Identificándose como periodista en periodo de prácticas. Con intención de realizar un reportaje gràfico sobre los famosos desfiladeros de Walsh Pass.

Y Lee Stratten, uno de los primeros locutores de la WHM-3 Radio, se ofreció a ser su guía.

Sí.

Cinco días inolvidables.

Sissy Cleese, junto a su belleza, demostró simpatía e inteligencia.

Cualidades que Lee Stratten sabía valorar. De ahí sus días felices con Sissy. Y ahora, en el momento de la despedida, acusaba una cierta tristeza; pero también una extraña sensación de alivio. Sissy era peligrosa. Una de esas mujeres capaces de conducir al matrimonio.

Y eso no entraba en los planes de Lee Stratten.

Pronto cumpliría tos cuarenta años. Se encontraba fuerte y animoso, pero ya amoldado a su placentera soledad. Con multitud de amistades femeninas y sin atarse a ninguna de ellas.

El ruidoso resonar de unos pasos por el vestíbulo rompió los pensamientos de Lee Stratten. Desvió la mirada del ventanal para descubrir al muchacho que corría por el hall. En dirección a una de

las puertas de acceso a los andenes.

Lo identificó.

Se trataba de Peter Lumtey. Uno de los botones del Preston Hotel.

El muchacho intercambió unas breves palabras con el uniformado empleado de la Station Walsh que controlaba la puerta de acceso. Luego retornó sobre sus pasos. Y sin prisa alguna. Con un pequeño envoltorio en su mano izquierda.

—Hola, Peter —saludó Lee Stratten, dando la última chupada al cigarrillo—. ¿Ocurre algo grave? ¿Alguna novedad para la WHM-3 Radio?

El muchacho esbozó una sonrisa.

—Buenos días, señor Stratten... Nada importante. Sólo que su amiga, la señorita Cleese, se va a llevar un disgusto.

—¿Por qué?

El botones mostró el envoltorio de su mano izquierda.

—Esto lo dejó ayer en la caja fuerte del hotel. Son las cintas de su trabajo gráfico. Todo el material filmado desde que llegó a Walsh Pass. Ayer, culminado su trabajo, quiso que quedara en un lugar seguro. Y hoy, después de abonar la factura, olvidó retirarlo.

—Y el estúpido de Logan olvidó el entregarlo.

El muchacho asintió sonriente.

Todos los insultos dirigidos al recepcionista-jefe le causaban una gran satisfacción.

—En efecto, señor Stratten. Me ordenó que corriera hasta la Station Walsh, pero he llegado tarde.

—Dame el paquete, Peter.

—¿Piensa usted...?

—Seguro. Le daré alcance. El autocar ha salido hace apenas unos diez minutos. Conozco a todos los conductores de la ruta. No olvides que uno de los programas clave de la WHM-3 Radio está destinado a los hombres de la carretera. Haré que detenga el autocar y entregaré las cintas a Sissy Cleese.

—¡Magnífico, señor Stratten!

—¿Quieres acompañarme?

—¡Ya me gustaría, pero el señor Logan me controla el tiempo. Debo regresar de inmediato al hotel.

—Algún dia dedicaré la Hora Local de la WHM-3 Radio al bastardo de Logan.

El botones se alejó riendo a carcajadas.

También Lee Stratten se encaminó a la salida que conducía al espacioso parking público de la Station Walsh. Allí estaba estacionado su Dazzling. Un aerodinámico turboflite biplaza, con aletas traseras y techo de vidrio térmico coloreado.

Lee Stratten se acomodó frente a la barra volante del vehículo.

Consultó su reloj digital.

Calculó que el autocar ya habría entrado en la autopista WP-437-RT; pero con el Dazzling le resultaría sencillo darle alcance.

Abandonó el parking

No fue tan rápida su salida de Walsh Pass. El autocar de la Station Walsh utilizaba un carril bus exclusivo, que casi lo situaba en la autopista WP-437-RT. El Dazzling conducido por Lee Stratten tuvo que someterse al tráfico urbano y a los obligados stops.

Hasta enlazar con la autopista.

Lee Stratten sonrió mientras aumentaba paulatinamente la placa de aceleración. Imaginaba la sorpresa que iba a causar a Sissy su aparición.

Las millas fueron vertiginosamente devoradas por el Dazzling.

A gran velocidad.

Lee Stratten volvió a dirigir una rápida mirada a su digital. Pronto divisaría y daría alcance al autocar. Fueron pasando los minutos. Tragando millas.

En el ancho asfalto dividido en tres carriles de única dirección, en la longitudinal línea de la carretera que parecía no tener fin, continuaba sin divisar el autocar Walsh Pass-Ritter City.

Y aquello comenzó a intrigar a Lee Stratten.

Dada la velocidad del Dazzling y el tiempo de recorrido, ya debía haber dado alcance al autocar. Era imposible que el vehículo de viajeros llevara recorridas tantas millas. También quedaba descartada la posibilidad de haberlo pasado sin percatarse.

El tráfico en la autopista, en aquellas primeras horas de la mañana, era reducido.

Lee Stratten estaba seguro de no haber adelantado al autocar.

Y tampoco divisó vehículo alguno accidentado o averiado en la cuneta. Las barreras de protección en la autopista impedían que cualquier vehículo, por alta que fuera su velocidad, se saliera del asfalto. Un choque contra las barreras accionaba de inmediato la

alarma en el Control Autopista California. Una alarma que también sonaba acústica y luminosa para alertar a los vehículos de la autopista.

Nada de eso fue detectado por Lee Stratten.

Por enésima vez, posó sus ojos en el digital. Llevaba casi una hora circulando por la autopista a gran velocidad.

Sin rastro del autocar.

Sí divisó los primeros carteles anunciadores del snack gasolinera. No descendió del vehículo. Se situó junto a uno de los surtidores no automáticos de gasolina.

El empleado se aproximó arqueando las cejas.

Consciente de que el Dazzling no utilizaba motor a gasolina, sino un sistema de energía química en celda de combustible.

—¿En qué puedo servirlo?

—El auto de pasajeros…; La línea Walsh Pass-Ritter City… ¿Lo ha visto pasar?

—Por supuesto que no. Aún es demasiado pronto. No se detiene aquí, pero siempre mantiene un horario bastante regular. Casi matemático. Calculo que… —el individuo die la gasolinera fijó la mirada en el reloj electrónico emplazado en la torreta del snack— hasta dentro de una hora aproximadamente no pasará por aquí. Una hora y veinte minutos para ser más exactos.

Stratten se pasó el dorso de la mano por la frente.

Bañada en sudor.

Como si no funcionara el eficaz sistema de acondicionamiento del auto.

—Pudo haber pasado el autocar y estar usted en el snack.

El individuo sonrió.

—Cierto. No sería la primera vez. Ya he dicho que ningún autocar de la Station Walsh se detiene aquí. Llevo muchos años en este puesto. Conozco infinidad de vehículos, públicos y particulares, que pasan siempre a una determinada hora. Uno de ellos es el autocar Walsh Pass-Ritter City de la mañana. Deduzco que habrá salido de la Station Walsh a su hora habitual. A las siete a.m. Consulte su reloj, amigo. Y comprenderà que es imposible que un autocar de pasajeros, por muy veloz que realice su recorrido, haya pasado ya por aquí. Eso puede hacerlo usted pilotando un Dazzling.

No.

Lee Stratten no consultó su reloj.

Sabía sobradamente que el individuo tenía razón.

Muy a su pesar, reconoció su error. Su estupidez de acelerar al máximo sin recapacitar que era imposible que el autocar le hubiera sacado tanta ventaja.

Se despidió del empleado de la gasolinera.

Fue hacia el paso elevado de cambio de sentido.

Tenía dos opciones. Esperar en el snack el paso del autocar y darle alcance, o bien emprender el regreso hacia Walsh Pass y, de descubrir el autocar, buscar uno de los puentes elevados de cambio de dirección y salir nuevamente tras él.

Se decidió por esta última posibilidad.

Preferible a la de quedarse allí con los brazos cruzados durante casi dos horas.

Se adentró de nuevo en la autopista, aunque ahora en dirección contraria. Hacia Walsh Pass. Ante sus ojos una vez más la longitudinal franja de negro asfalto. En una amplia panorámica.

Lee Stratten hizo una mueca.

Maldiciendo entre dientes.

También le parecía imposible el hecho de haber adelantado al autocar sin haber reparado en ello. En una autopista de tres carriles y con tráfico prácticamente nulo.

El Dazzling no circuló ahora a gran velocidad.

Para mejor contemplar a los escasos vehículos que, por el otro tramo de la autopista, avanzaban en sentido contrario al de Lee Stratten.

Veinte millas.

Treinta…

De nuevo la frente de Lee Stratten se fue perlando de diminutas gotas de sudor. Sintió un nudo en la garganta, a la vez que su diestra se aferraba con fuerza a la barra-volante.

Se estaba aproximando a Walsh Pass.

Faltaban ya pocas millas.

Sin divisar el autocar de la Station Walsh. Un vehículo que, como todos los de la flota de la Station Walsh, era de un llamativo color rojizo con franjas amarillas y el distintivo de la compañía de transportes.

Ahora estaba seguro.

Totalmente.

Todo el trayecto fue con el Dazzling por el carril más cercano al bloque de separación central. En espera de ver pasar el rojizo autocar de la Station Walsh.

Lo que sí terminó por divisar fue el primer cartel electrónico anunciador de la inmediata finalización de la autopista.

La entrada en Walsh Pass.

Sin rastro del autocar Walsh Pass-Ritter City. Como si se hubiera desvanecido en el aire o tragado por la tierra.

CAPITULO II

Gary Salkow, jefe del Seguridad Ciudadana en Walsh Pass, arqueó las cejas sin ocultar en sus ojos un leve destello burlón.

—No he oído esa alarmante noticia en los boletines de la WHM-3 Radio. ¿Por qué, Lee? ¿Me das la primicia?

—No estoy bromeando, Gary.

Gary Salkow estaba tras la mesa-despacho. En su cuartel general de Seguridad Ciudadana. Un individuo de unos cincuenta años de edad. De rostro anguloso e inexpresivo. Unas facciones que parecían ajenas al asombro. Como si ya nada pudiera impresionar al veterano policía.

Salkow alargó su diestra.

Hacia un microordenador depositado sobre la semicircular mesa escritorio. Tecleó en uno de los botones. A espaldas del policía se descubrió una pantalla mural. Una pantalla hasta entonces camuflada en la pared. Diferentes secciones dividían la pantalla mural. Se iluminó una de ellas.

Había un panel de mandos incorporado a la mesa.

Gary Salkow manipuló accionando una palanca para, seguidamente, atrapar un diminuto micro. En el visor iluminado apareció el rostro de un individuo.

—Aquí Control Pista División 437.

—Hola, Control —sonrió Gary Salkow—. Te habla Seguridad Ciudadana de Walsh Pass, en Código WP- 2648. ¿Algún accidente en la mañana de hoy?

La pantalla captó perfectamente el gesto de perplejidad reflejado en el rostro del individuo.

—Ninguno digno de mención. Hubiera quedado registrado automáticamente en tu computer de sección. ¿Ocurre algo?

Gary Salkow hizo una mueca.

Consciente de estar haciendo el ridículo.

—Sin duda una falsa alarma. Un demente me asegura que el autocar de la línea Walsh Pass-Ritter City, el de las siete a.m., ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Eso es. El autocar no circula por su ruta. No está en la autopista. No hay rastro de él.

—Encierra a ese loco en una de tus celdas —rió el individuo de Control Pista.

Gary Salkow correspondió a la risa.

Con una forzada carcajada.

—No puedo hacerlo. Es un buen amigo y le prometí investigar el asunto. Está esperando mi respuesta.

—Comprendo. ¿Has dicho el Walsh Pass-Ritter City de las siete a.m.?

—Correcto.

—Un momento...

El individuo de Control Pista se ladeó hacia un cuadro de instrumentos. Al teclear en el primero de los mandos, su imagen desapareció del visor. Reemplazada por un gráfico de multicolores trazos luminosos y puntos móviles. Infinidad de pilotos luminosos en destellante intermitencia.

La voz del individuo sí continuó llegando perfectamente audible al despacho de Gary Salkow.

—Estás contemplando una panorámica de la autopista WP-437-RT con todos los vehículos de pasajeros, mercancías y oficiales sometidos a obligado control. Uno de esos pilotos luminosos móviles corresponde al autocar Walsh Pass-Ritter City. Voy a centrar la imagen.

El visor proporcionó ahora un pequeño primer plano del gráfico.

Centrado sobre uno de los puntos luminosos.

De nuevo llegó la voz del individuo.

—Ahí tienes a tu..., desaparecido autocar. Siguiendo la ruta según el horario previsto. Ya casi llegando a su destino. Puedes comprobar su proximidad a Ritter City.

El policía dirigió una dura mirada al silencioso Lee Stratten. Retornó de inmediato los ojos al visor.

—No hay duda, ¿verdad, Control? Ese es el autocar Walsh Pass-Ritter City.

—Por supuesto. Es el computado en la Station Walsh. Y programado desde su salida de Walsh Pass.

—Gracias, Control. Desconecto.

Gary Salkow acopló el diminuto micro en el soporte, para seguidamente pulsar una palanca. También ocultó nuevamente la pantalla mural.

Respiró con fuerza.

Fijando la mirada en Stratten.

—¿Puedo hacer algo más por ti, Lee? ¿Alguna otra investigación ridícula…? ¡Maldita sea! Conocía las respuestas de Control antes de formularlas. Todo autocar que circula por autopista es sometido a un control y seguimiento de ruta que…

—Ese autocar se desvió de su habitual recorrido —interrumpió Stratten—, No dudo que ahora esté llegando a Ritter City, pero no circuló por la autopista.

—¿De veras? ¿Fue volando, Lee? ¿Acaso por carreteras comarcales? Sigue su horario habitual. Llegará a la hora programada. Y eso sólo es posible circulando por autopista. ¿Por qué no reconoces tu error, muchacho? Se te despistó. Eso es todo. Así de sencillo.

Stratten encendió un cigarrillo.

Con nerviosos ademanes.

—Así lo reconocí en mi primer recorrido, Gary. Hasta llegar a la gasolinera. Me resultaba difícil de creer, pero tal vez hubiera sufrido un despiste y adelantado al autocar. Emprendí el regreso. Con cien ojos. Fijándome en todos los vehículos que cruzaban por el otro ramo de la autopista. ¡Y ni rastro del autocar! ¡Un vehículo color rojizo con franjas amarillas!

—Circulando en sentido contrario es más fácil el sufrir un…

—¡No, maldita sea! —interrumpió nuevamente Stratten, ahora irritado—. ¡El tráfico no era intenso, Gary! Es imposible que me pasara desapercibido.

—Trabajas demasiado, Lee.

—¿Crees que estoy loco?

El policía se encogió de hombros.

—Tampoco me sorprendería mucho, Lee. En ocasiones, también yo sufro alucinaciones. ¿Recuerdas los atentados de Nueva Luz en el pasado año? Todos los EE.UU. en situación de máxima alarma. Llegué a sospechar que mi mujer era una terrorista y mi hijo uno de los dirigentes de Nueva Luz. El exceso de trabajo nos…

—Adiós, Gary. Gracias por recibirme.

Lee Stratten abandonó el despacho.

A grandes zancadas.

Al salir del edificio se detuvo unos instantes en la calzada. A poca distancia de su Dazzling. Procuró calmar su nerviosismo y recapacitar.

El autocar estaba llegando a su destino.

Sin novedad.

Y Lee Stratten no quería aceptar aquello. No podía aceptarlo. Algo había ocurrido. El autocar no circuló por la autopista. Estaba convencido de ello.

Lee Stratten se introdujo en el Dazzling.

Atrapó el portafono.

Iba a telefonear a la WHM-3 Radio anunciándole su ausencia. No acudiría a sus habituales programas de radio. Tenía que investigar a fondo lo ocurrido. Aun que tuviera que desplazarse hasta Ritter City.

Minutos más tarde abandonaba Walsh Pass.

Lee Stratten ya no regresaría jamás.

CAPITULO III

El almuerzo de Lee Stratten fue mínimo. Ni tan siquiera llegó a terminar el contenido del plato combinado servido en el snack. Sí consumió un par de jarras de cerveza. Continuaba con la garganta seca y aquella sensación de tener un nudo que le impedía tragar saliva.

Se encontraba en la gasolinera-snack de la autopista. Había decidido detenerse allí para interrogar de nuevo al empleado. Este se encontraba descansando, pero pronto entraría otra vez de servicio. Así lo habían informado. En efecto.

Lo vio salir de la cocina. Protegidos los ojos por unas gafas oscuras. Sin duda, para disimular sus reducidas horas de sueño.

Lee Stratten, desde uno de los taburetes del mostrador, le hizo una seña.

El individuo se aproximó esbozando una sonrisa. —Buenos días, señor... ¿Acaso sigue esperando el autocar Walsh Pass-Ritter City?

La sonrisa de Stratten aún resultó más forzada. —De eso quería hablarle. ¿Bebe algo?

—Mi turno empieza dentro de pocos minutos, perro sí tengo tiempo para una copa de brandy.

Tomó asiento en el taburete contiguo al de Stratten Este le ofreció la cajetilla de tabaco. Ambos hombres exhalaron profundas bocanadas.

Lee Stratten carraspeó.

Como si temiera iniciar la conversación.

—Esta mañana..., después de nuestra conversación, decidí emprender el regreso hacia Walsh Pass.

—Lo sé. Vi pasar su Dazzling por el otro tramo de la autopista. Le hubiera sido mejor esperar aquí tomando un trago. El autocar pasó a su hora habitual. Tal como yo le informé. Sólo hubiera sido cuestión de esperar poco más de una hora. Esos vehículos de ruta programada son muy fieles en su horario.

—¿Quiere decir...? ¿Lo vio pasar?

El individuo asintió.

Sonriente.

—Seguro. No hay mucho trabajo en las primeras horas de la mañana y la mayoría utilizan los surtidores automáticos para ahorrar la propina. Y un autocar de las características de tos de Station Walsh no pasan fácilmente desapercibidos. De no estar llenando algún depósito o atendiendo a algún cliente, siempre me percato del paso del autocar. Es como un pasatiempo para...

—Yo salí tras ese autocar —interrumpió Stratten, con apagada voz—. Poco después de que abandonara la Station Walsh. Con mi Dazzling hubiera resultado muy sencillo el darle alcance. No ocurrió así. Llegué hasta aquí. Hasta la gasolinera. Sin divisar el autocar. Y luego, a mi regreso por el tramo contrario de la autopista, tampoco descubrí el autocar.

El individuo arrugó la frente.

Perplejo.

—Es extraño...

Lee Stratten dirigió una mirada de simpatía al individuo.

Era el primero en coincidir con sus pensamientos. En no decirle que, sin duda, había sufrido un despiste. En afirmar que el suceso era extraño.

—También yo estoy muy sorprendido. Como bien dice, el tráfico era reducido —Stratten aplastó el cigarrillo en el cenicero—. Imposible que un autocar rojo con franjas amarillas, un vehiculo al que trataba de dar alcance, me pasara desapercibido; pero aunque así fuera..., no por dos veces. En mi retorno hacia Walsh Pass extremé al máximo la atención.

—Yo vi pasar el autocar. Estoy seguro de ello. A su hora habitual.

—No lo dudo, amigo. El vehículo ha llegado a su destino con toda normalidad. Sin el menor retraso. Siguiendo la ruta programada.

—¿Entonces...?

Lee Stratten hizo una mueca.

Movió la cabeza afirmativamente.

—Entonces estoy loco. No hay otra explicación. Quise detenerme aquí para interrogarlo. Saber si había visto pasar el autocar a su hora normal. Buscaba algún indicio. Algún detalle que me hiciera pensar que, en efecto, había ocurrido algo anormal. No ha sido así. Todo se ha desarrollado conforme a la ruta y horario previstos. Yo estoy

loco..., o ciego.

—Le da demasiada importancia al hecho, señor.

Lee Stratten sonrió.

Por primera vez relajado.

—Tiene razón. Yo soy un individuo frío. Muy seguro de sí. Mi nombre es Lee Stratten y dirijo varios programas en la WHM-3 Radio de Walsh Pass. En mi larga experiencia al frente de los micrófonos, he vivido todo tipo de sensaciones. Y mi mente jamás me había traicionado. De ahí que me resultara difícil el aceptar mi error.

El empleado de la gasolinera también sonrió.

—Sus programas hacen más gratas las horas de servicio, señor Stratten. Soy uno de sus muchos admiradores. Mi nombre es Roddy Harrold.

Los dos hombres estrecharon sus manos.

—Llámame Lee. ¿Otro brandy, Roddy?

El individuo consultó en rápida mirada el reloj de local. Asintió ampliando la sonrisa.

—Aún me quedan cinco minutos.

—Muchas copas más y dejarás también tú de ver autocares rojos con franjas amarillas —rió Stratten— Maldita sea... He perdido toda la mañana obsesionado por esa desaparición. Todo por querer devolver un objeto a una bella muchacha

—Es un buen motivo.

—Sí, pero ahora regreso definitivamente a Walsh Pass —dijo Lee Stratten, echando una mirada al boleto de consumición—. Tenía intención de desplazarme hasta Ritter City. Investigar a fondo. El afirmar tú que el autocar pasó a su hora habitual y sin novedad, me ha hecho razonar. Ha sido una buena cura de humildad. Ya no soy el de antes. Sin duda me estoy haciendo viejo.

—Horas bajas, Lee. Eso nos ocurre a todos.

Los dos hombres se encaminaron hacia la salida.

Abandonaron el snack.

A unas diez yardas se emplazaban los surtidores y la caseta de suministros y recambios. El individuo que estaba sentado junto a la caseta, se incorporó con rapidez al ver aparecer a Roddy Harrold.

A la izquierda del snack, en una pequeña zona ajardinada con porche protector, había sido construido un parking. Allí se estacionaba el Dazzling de Lee Stratten.

—Adiós, Roddy. En mi próxima emisión de Honres de la Noche hablaré de ti. Y reconoceré públicamente que Lee Stratten, el indiferente e incrédulo Stratten también puede hacer el ridículo.

—Tonterías. Olvídalo. ¿Sabes una cosa? Yo mismo, después de horas y horas en la gasolinera, termino en ocasiones por volverme loco. Me parecen ver pasar elefantes rosa en lugar de vehículos. ¡Y peor es el caso de compañero Ben! Ahí le tienes... —Roddy Harrold quiso señalar a su compañero de trabajo, pero éste ya había abandonado la caseta y penetrado en el snack—, El muy... Sigue asustado.

—¿Asustado?

Roddy Harrold rió.

En divertida carcajada.

—Ayer noche, a las tres de la madrugada, entré a sustituir a Ben. Fue entonces cuando me contó lo suyo. ¡Infiernos...! Eso sí es para narrar en Hombres de la Noche. Parecía mentira en Ben. Temblaba como un flan.

—¿Qué le había ocurrido?

—Un OVNI —rió nuevamente Harrold—, Aseguraba haber visto un OVNI. Un cegador OVNI sobre los desfiladeros de Walsh Pass. ¿No es gracioso?

Lee Stratten quedó en silencio.

Sin compartir la hilaridad de Roddy Harrold.

Una vez más sintió su frente bañada en frío sudor.

* * *

Ben Schaffner era un individuo joven. De unos veinticinco años de edad. Rostro alargado y taciturno. E un principio rechazó el entablar conversación con Stratten. Incluso cuando éste le ofreció un billete de cien dólares. Los ojos de Schaffner eran redondos. Y en ellos se reflejaba el temor.

—Déjeme en paz. ¡Lárguese!

Se encontraban en la parte trasera del snack. En lo dormitorios destinados al servicio.

—Roddy me habló de lo ocurrido ayer —dijo Lee Stratten, todavía con el billete de cien dólares en la zurda—. Ya te he dicho

que únicamente quiero...

—Roddy es un maldito bocazas —interrumpió el individuo, secamente—, ¡Le haré tragar los dientes!

—¿Qué ocurrió ayer, Ben?

Ben Schaffner se había dejado caer sobre una de las camas. Procedió a despojarse de los zapatos. No sin antes dirigir una desdeñosa sonrisa a Stratten.

—Comprendo. Sé quién es usted, Stratten. He visto su fotografia en revistas, en entrevistas por la televisión e incluso he reconocido su voz. Lógico después de escucharlo todas las noches por la WHM-3 Radio. Quiere divertir a sus oyentes, ¿eh? Un patán de una gasolinera nos habla de su OVNI. ¿Es eso?

Lee Stratten se apoyaba en la puerta de entrada.

Sonrió.

—Te equivocas. Lo tuyo carece de interés para los oyentes de WHM-3 Radio. No es noticia un EC-1. Ni tan siquiera un EC-3. ¿Conoces el significado de las siglas? —ante la mueca del individuo, Stratten añadió—: Encuentro en 1.a Fase. Deduzco que es tu caso. Contemplación de un objeto extraño a una distancia aproximada a los ciento cincuenta metros sin relación alguna entre OVNI-testigo ni alteración en el entorno. En los Encuentros de la 2.a fase se detectan huellas del paso del OVNI. Y en los EC-3 se origina la presencia material de los extraterrestres.

Stratten se adelantó unos pasos.

Se dejó caer en el sofá-cama, situado en uno de los rincones de la estancia. Depositó con fingida indiferencia el billete de cien dólares sobre una pequeña mesa circular para encender un cigarrillo. Ben Schaffner no despegó los labios.

—Tu caso tiene interés para mí —prosiguió Stratten, echando una bocanada—. De seguro no has visto un OVNI, pero quiero conocer tu versión de lo ocurrido.

—¿Por qué?

—Estoy investigando la desaparición de un autocar la Station Walsh.

El individuo parpadeó.

Antes de que formulara pregunta alguna, fue Lee Stratten quien inició las explicaciones. Todo su ir y venir durante la mañana en busca del autocar de la línea Walsh Pass-Ritter City.

—Eso es todo, Ben. ¿Comprendes ahora?

—No. El autocar está ya en Ritter City. Sin novedad alguna. ¿Qué diablos investiga? Le pasó desapercibido. Por dos veces. Eso fue lo que le ocurrió.

—En efecto. Así terminé por aceptarlo. Hasta que Roddy me habló de tu visión del OVNI. Después de escucharte decidiré seguir investigando o regresar a Walsh Pass.

Ben Schaffner sonrió por primera vez.

—Bien… Siempre es agradable encontrar a alguien más loco. Roddy se burló de mí. Dijo que había soñado o que era una alucinación.

—¿No fue así?

La sonrisa se borró paulatinamente del rostro di individuo.

Denegó con un leve movimiento de cabeza.

—Fue poco antes de que Roddy llegara a sustituirme en el puesto. Alrededor de las tres de la madrugada. Yo estaba en la mecedora. Cerca del surtidor. Disfrutando de la noche. Una noche agradable y fresca después de un día de infernal calor. Fumaba un cigarrillo. Con la mirada fija en el cielo salpicado de parpadeantes estrellas.

Stratten arrugó la nariz.

El tal Ben Schaffner le había salido un romántico.

—Concreta, Ben.

—Mi comentario era sólo para informarle que era una noche con luna y estrellas. Fue entonces cuando, como procedente de las altas montañas rocosas de los desfiladeros de Walsh Pass, vi surgir el rayo luminoso. A fantástica velocidad. Surcando el cielo. Súbitamente, pareció detenerse. Y comenzó a oscilar. También me percaté del sonido. Un ruido muy agudo. Imposible de definir. Un silbar que me taladró los tímpanos. Cesó casi al instante. Aquel foco de iridiscente luz comenzó a subir y bajar. Oscilando sin rumbo.

—¿Cómo era?

Ben Schaffner mesó nerviosamente sus cabellos.

Negó rudamente con la cabeza.

—Imposible contemplarlo. Era…, era cegador… Luces multicolores y destellantes en los extremos. Su forma podía ser discoidal…, o tal vez cilíndrica… No lo sé. Yo me protegía los ojos con las manos. Y mis fugaces miradas no llegaban a posarse fijamente sobre el objeto luminoso. Lo vi desaparecer. Caer casi en

vertical. Tras las montañas.

—¿Se produjo alguna explosión? ¿Alguna llamarada?

—No. Nada.

—¿Informaste a la patrulla móvil de la autopista o al Control?

—No me gusta que se burlen de mí. Ya fue suficiente con las carcajadas de Roddy. ¿De qué iba a informar? ¿Qué denunciar? Un objeto luminoso surcando el cielo. No era bélico. No se trataba de un misil ruso ni de un proyectil lanzado por los terroristas de Nueva Luz. Mejor no decir nada. He leído declaraciones de muchos que juraban haber visto un OVNI y luego resultó ser una chispa de alto voltaje que, al atravesar una nube de vapor de amoníaco, produce una luz cegadora que permanece inmóvil durante un instante, para luego remontarse a gran velocidad. También se dice de masas energéticas que atraviesan por pantanos o campos regados con ciertos fertilizantes... Son muchas las hipótesis para llevarme al ridículo. El declarante es, en ocasiones, multado o incluso despedido de su puesto de trabajo por sufrir alucinaciones. No, señor Stratten. No pienso decir nada. Incluso negaré esta conversación con usted si piensa emitirla por antena.

—Tranquilo, Ben. Ya te he dicho que es un asunto..., personal.

Schaffner forzó una sonrisa.

—Ya. Sospecha que su..., autocar fue remolcado por el OVNI.

—No es mala hipótesis, Ben.

El empleado de la gasolinera parpadeó repetidamente.

Dirigiendo a Stratten una incrédula mirada.

—Está..., está bromeando... ¿No imaginará que...?

Lee Stratten se incorporó del sofá-cama

Se encaminó hacia la puerta de salida sin hacer ademán de retirar el billete de cien dólares.

—No imagino nada, Ben. Soy un hombre frío y poco dado a fantasías. De ahí que todavía me sorprende el no haber visto el autocar en mis dos recorridos. También me resulta muy interesante tu visión del objeto luminoso. Y como no soy dado a imaginar..., investigo. En el autocar Walsh Pass-Ritter City viajaba alguien que conozco. Una muchacha muy bonita. Ella me informará si ocurrió algún suceso extraño en ruta

Schaffner volvió a parpadear.

—¿Quiere decir que...?

—Correcto, Ben —sonrió Lee Stratten, abriendo la puerta de la habitación—. Lo he decidido. Sigo viaje hasta Ritter City. Tal vez allí encuentre a tu desaparecido OVNI.

Abandonó la estancia.

No.

Lee Stratten no encontraría el OVNI.

En Ritter City tan sólo lo esperaba la muerte

CAPITULO IV

Ritter City no era una localidad muy extensa ni poblada, pero sí podía catalogarse como el centro comercial más importante del condado. Emplazada al oeste del Valle de la Muerte. El siniestro desierto californiano que empezaba a ser explotado y colonizado. Ritter City suministraba todo tipo de necesidades a los esforzados trabajadores del Valle de la Muerte. Su aislamiento, el vecino más próximo era Walsh Pass, la hacía también lugar de obligada parada a todos cuantos emprendían viaje hacia el Este o hacia la costa.

Ritter City estaba magníficamente comunicada por ferrocarril y varias autopistas hacia las zonas de Barrow y Bishop. También contaba con aeropuerto gubernamental para el envío rápido de mercancías y herramientas. El ferrocarril igualmente suministraba largos convoys cargados de material. En el Valle de la Muerte estaban realizando ambiciosos proyectos.

Y de ellos salía beneficiada Ritter City.

Ciudad pequeña, poco poblada y tranquila; pero en los fines de semana casi duplicaba su número de habitantes. Los obreros y técnicos destinados en el Valle de la Muerte se volcaban sobre Ritter City y, aunque en menor número, Walsh Pass.

De ahí que Ritter City contara con un elevado número de centros de diversión. Sex-clubs, discotheques, teatros, videocinemas, salones de videojuegos... Era también durante el week-end cuando se reforzaban los agentes de Seguridad Ciudadana. El índice de delitos también aumentaba alarmantemente en Ritter City. Acorde con el alto nivel de vida.

La peligrosidad de Ritter solo era patente durante el week-end.

Los restantes días de la semana era una ciudad pacífica y laboriosa.

Lee Stratten había conseguido estacionar en la populosa Hooks Avenue. En el mismo centro de la ciudad. A poca distancia del

paradisíaco Shen Park. En el 2.736 de la Hooks Avenue se alzaba el Lenz Building. Allí se editaba el periódico de mayor circulación de la ciudad, la emisora de televisión local y la agencia de noticias. Todo ello sucursal de la todopoderosa Lenz Press, enclavada en la megalópolis de Los Angeles.

Sissy Cleese había realizado el reportaje gráfico para presentarlo en la delegación de la Lenz Press en Ritter City. Era allí donde hacía sus prácticas de periodismo.

Y en el Lenz Building espera Lee Stratten encontrar a la muchacha. No tenía domicilio. Sissy le había indicado que, si algún día visitaba Ritter City, preguntara por ella en el Lenz Building.

Stratten, mientras se encaminaba hacia uno de los mostradores de información, no evitó el esbozo de una sonrisa. Imaginando la sorpresa que su presencia iba a causar en la joven.

—Busco a la señorita Cleese.

El uniformado individuo de recepción hizo desplazar su asiento móvil para situarse frente a un ordenador. Tecleó unos instantes. En la minipantalla fueron apareciendo vertiginosas letras. Era muy elevado el personal, fijo y colaborador, de la Lenz Press. Imposible conocer y situar a todos ellos.

El individuo retornó junto a Stratten.

—No se encuentra en el Lenz Building No ha sido registrada su entrada en el día de hoy.

—¿Puede facilitarme su domicilio? —Lee Stratten mostró su cédula de identificación oficial—. Soy Lee Stratten, de la WHM-3 Radio de Walsh Pass. Debo entregar un paquete a la señorita Cleese.

El recepcionista, después de una profesional mirada a la cartulina de identidad, asintió con una sonrisa.

—Por supuesto, Stratten... Un momento.

A los pocos minutos, Stratten tenía en su poder una ficha con la dirección de Sissy Cleese. Un bungalow en Press en el 843 de Field Boulevard. En el Barrio Bitts.

—¡Lee...! ¡Eh, Lee...!

Stratten, ya próximo a una de las salidas del edificio, giró ante la llamada.

Sonrió ampliamente al descubrir al individuo que avanzaba a su encuentro con grandes zancadas.

—Keith... ¡Keith Wooward...!

Los dos hombres se saludaron efusivamente.

—¿Qué haces aquí, Lee? Creo recordar que juraste no pisar la Sodoma y Gomorra de Ritter City. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Estoy de paso.

—¡No lo puedo creer! ¡Lee Stratten abandonando sus programas de la WHM-3 Radio. Apuesto que se trata de algo importante. Un asunto importante…, o una mujer bonita.

Stratten rió divertido.

Golpeó con el puño izquierdo el hombro de su interlocutor.

—Tan suspicaz como siempre, Keith. Y siempre acertado.

—¿Una mujer?

—Una mujer…, y un asunto interesante.

—Háblame de ello, Lee. Vamos a tomar un trago y…

—No, Keith. Ahora no. Después. La mujer sí existe, pero el asunto interesante puede ser fruto de mi imaginación. Hablaremos de ellos después. Tenemos mucho de que hablar, ¿no es cieno. Keith?

—¡Seguro! Más de dos años sin vernos…

—¿Sigues en la Lenz Press?

—Aquí sigo —suspiró Keith Wooward—. Me gusta Ritter City. Tal vez por su corrupción en aumento. Hago viajes a Chicago, Dallas. Nueva York… En busca de material para mi sección, pero siempre termino por regresar a Ritter City.

Lee Stratten entornó los ojos.

Fijos en Keith Wooward.

Un individuo joven. Aún no había llegado a los treinta años de edad. Un rostro aniñado, aunque con una mirada y una sonrisa marcadamente cínica y burlona. Unos ojos grises que parecían mantenerse en sempiterno destello burlón. Vestimenta deportiva. Chaqueta de lino, camisa de seda y pantalón a juego.

—Resulta difícil de creer. Keith. Tú, el periodista más brillante de la promoción, destacando por una sección dedicada a la crónica negra «Escrito con sangre». Una de las secciones de más éxito que lanza la Lenz Press a todos los periódicos del país. Una sección de Keith Wooward.

—Tranquilo, Lee. Escribo poesía bajo seudónimo, pero no consigo publicar ni una.

Los dos hombres rieron al unísono.

—Debo irme, Keith. ¿Sigues en tu cueva de Camp Street?

—Ahá.

—Me pasaré por allí a última hora de la noche. Posiblemente decida pernoctar en Ritter City. Hasta luego, Keith.

—Adiós, Lee. ¡Te estaré esperando!

Stratten abandonó el edificio.

Encaminó sus pasos hacia el estacionado Dazzling; pero antes de introducirse en el vehículo se acercó a uno de los planos-guía electrónicos emplazados en las más importantes vías de la ciudad. Tecleó hasta formar «Field Boulevard». Se iluminó una zona en el mural. Una línea longitudinal comenzó a destellar en cortas intermitencias. Señalando el emplazamiento de la avenida.

Lee Stratten se hizo una idea de la dirección a seguir.

El Barrio Bitts, y concretamente Field Boulevard, se encontraba casi a la entrada sur de la ciudad. A poca distancia del bosque artificial de Stella.

El Dazzling inició la marcha.

El tráfico era intenso en la ciudad. Coincidente con el fin de la jornada laboral. El sol del atardecer comenzando su ocaso.

Lee Stratten, poco conocedor de la ciudad, realizó torpes recorridos hasta dar con Field Boulevard. Una ancha vía ajardinada con un florido seto central de división. Bungalows a derecha e izquierda. Todos ellos dotados de pequeño jardín y piscina. Similares unos a otros en diseño y extensión.

Estacionó frente al 843 de Field Boulevard.

No se adentró en el cierre de la propiedad.

Stratten descendió del vehículo para seguidamente encaminar sus pasos hacia el bungalow. Avanzando por un sendero cercado de bien cuidado césped. A la izquierda quedaba la piscina. El garaje pegado a un costado de la casa. Los bungalows vecinos quedaban separados por un alto seto que hacía de muralla divisoria.

Lee Stratten pulsó el llamador del bungalow.

Tras unos instantes de espera, y cuando se disponía a presionar de nuevo el timbre, escuchó unos pasos procedentes del interior.

Se abrió la puerta de la casa.

Y bajo el umbral apareció Sissy Cleese.

Con una bata de seda anudada a la cintura y con el pelo recogido bajo un casquete secador.

El rostro femenino reflejó una mueca de estupor.

—Lee...

—Hola, Sissy —sonrió Stratten—. ¿Sorprendida?

—¿Qué..., qué haces aquí?

Lee Stratten tomó por la barbilla a la joven estampándole un beso en la boca.

—Buscarte. ¿Puedo pasar?

No esperó autorización.

Se adentró en el living, seguido de la perpleja mirada de Sissy. De allí pasó al contiguo salón que permanecía abierto en su doble hoja.

Sonrió al contemplar el rostro de Sissy.

—No soy un fantasma, Sissy. Estoy aquí para entregarte... ¡Lo he dejado en el coche! ¿No has echado nada en falta?

—Pues..., no. Se puede decir que aún no he desempacado. Apenas llegar me visitó una amiga y almorzamos juntas. Ahora me he dado un baño y...

—Tu reportaje gráfico sobre los desfiladeros de Walsh Pass —interrumpió Stratten, sonriente—. Lo depositaste en la caja fuerte del hotel, ¿recuerdas?

—¡Oh, no...!

—Lo tengo aquí, Sissy. En mi auto.

La muchacha parpadeó.

—¿Insinúas...? ¿Quieres decir que te has desplazado hasta Ritter City sólo para entregarme...? ¡Oh, Lee...! ¿Por qué no lo enviaste por la Station Walsh o cualquier otro medio?

Stratten se había aproximado al mueble principal del salón.

Un mueble donde se acoplaba el equipo de alta fidelidad, el televisor tridimensional y el bar.

Lee Stratten tomó una botella de whisky.

--¿Qué tal el viaje, Sissy?

—¿Cómo...? Ah, bien... Descontando una de las películas del video-bus. Resultó sumamente aburrida.

—¿Algún incidente por el camino? —inquirió Stratten, con voz aparentemente indiferente—. ¿Alguna detención o anormalidad?

—No, en absoluto. Fue un viaje perfecto y llegó a la hora fijada. Ya sabes que los desplazamientos por autopista programada son... ¿por qué lo preguntas, Lee? ¿Ha ocurrido algo?

Stratten se atizó un largo trago de whisky.

Denegó con forzada sonrisa.

—Nada... Voy a recoger tu paquete del auto.

Salió del bungalow.

Una mueca se reflejaba en el rostro de Lee Stratten. Interiormente maldecía una vez más su estupidez.

¿Qué esperaba?

¿Que Sissy le confesara que el autocar había sido secuestrado por un OVNI?

Se había comportado como un idiota desde el primer momento en que...

Un ruido turbó los pensamientos de Stratten. Un ruido procedente del garaje contiguo a la casa. Fue como si un objeto hubiera caído pesadamente al suelo.

Lee Stratten quedó unos instantes inmóvil.

Como esperando algún otro sonido.

No aconteció así. Ningún otro ruido procedente del garaje.

Stratten dudó en seguir su camino hacia el Dazzling o echar una mirada al garaje. Sabía que Sissy vivía sola. Eso al menos le había dicho en Walsh Pass. El ruido podía haber sido originado por un gato, un perro..., o un intruso.

Lee Stratten avanzó hacia el garaje.

Era de puerta abatible. Por control y manual. Permanecía cerrada. Stratten descubrió el mando manual que hacía girar la puerta.

Lo accionó.

El automático que abría la puerta encendía también la iluminación interior del garaje. Este era amplio. Con capacidad sobrada para dos vehículos. Sólo uno en su interior. Un Zass-XX deltoide de tres ruedas. Un par de armarios. Estanterías. Herramientas de jardinería...

Stratten se adentró.

Con lentitud.

Lo primero que lo alertó fue el olor. Un extraño olor. Muy penetrante. Difícil de identificar. Similar a goma quemada.

Y luego el sonido.

Muy tenue.

Como el arrancar de unas ventosas.

Fue al aproximarse hacia el Zass-XX. Desde allí quedaba situado

frente a los armarios metálicos.

Y entre los dos armarios…

Sí.

Allí estaba *aquello*.

Una mueca de incredulidad y terror desencajó las facciones de Lee Stratten. Retrocedió unos pasos. Alucinado.

Contemplando con aterrados ojos a la extraña criatura.

Tenía apariencia humana. Corta estatura. Poco más del metro y medio. Macrocéfalo. De sienes muy abultadas, hinchadas, destacando poderosamente en aquella desproporcionada cabeza. Rostro de una intensa palidez. Casi cadavérica. Totalmente lampiño. Ni rastro de cejas o pestañas. Los ojos redondos. Dos ojos casi unidos bajo la abombada frente. Dos ojos que casi se confundían en uno. Transparentes. Con iris y pupilas enormes. Iridiscentes. Despedían un extraño e infrahumano destello. La nariz ancha. Aplastada. La finura de sus labios casi le hacía parecer carente de boca. Boqueaba como un pez.

Vestía un traje metalizado de refulgente color azulado. Todo de una pieza. Sin costuras visibles. Con una anilla en el cuello y un ancho cinturón con cartucheras. Las suelas de tos zapatos eran una continuación del pantalón.

Aquellos dos ojos, apenas separados el uno del otro, se posaron fijamente en Lee Stratten.

Avanzó.

Alargó uno de sus brazos. El derecho. Una mano blanquecina. Con tan sólo cuatro dedos. Todos ellos de una misma longitud.

Stratten permaneció inmóvil.

Como paralizado por el terror.

Unas pisadas a su espalda le hicieron reaccionar y girar con rapidez. Contemplando la llegada de Sissy Cleese al garaje.

—¡Atrás, Sissy…! ¡No entres! —gritó Stratten, retrocediendo hacia la muchacha—. ¡Tenemos que…!

Stratten enmudeció.

Sissy se había detenido bajo el umbral de entrada al garaje. Con aquella vaporosa bata de seda. Bella como una diosa.

Por muy poco tiempo.

Fue como el incinerar de una figura de cera.

Primero las piernas. Los tobillos comenzaron a reblandecer. Las

piernas se deformaron como si fueran de barro. Incapaces de sostener el peso del cuerpo. Se inició un proceso de modificación por todo el cuerpo femenino. Un cuerpo que también comenzaba a descomponerse. A desparramarse. Como si fuera gelatina. El rostro de Sissy se desdibujó. Convertido en una masa mucilaginosa.

La mueca de terror y estupor en Stratten fue indescriptible.

Contemplando con desorbitados ojos la horripilante mutación de Sissy.

Una transformación que la iba convirtiendo en una deforme masa viscosa; pero aquella informe magma comenzó a agitarse. A resurgir. A elevarse. A formar un nuevo cuerpo.

Ya no el de la bella y seductora Sissy Cleese.

De aquella deforme masa gelatinosa se estaba formando otra monstruosa criatura semejante a la surgida de entre los armarios.

Lee Stratten no contempló dei todo la transformación.

Había olvidado la zarpa blanquecina de cuatro dedos que amenazadoramente se situaba a su espalda.

Y cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde.

CAPITULO V

La voz tenía una marcada tonalidad metálica. Como si sonara en el interior de una cámara de resonancias acústicas.

—Estoy esperando una explicación, Exthor. Conocías las órdenes. No había que dar muerte física a ningún terrícola.

Las abultadas sienes de Exthor palpitaron visiblemente. Como si acusaran vida propia. En sus unidos ojos se acentuó el destello. Respondió moviendo la boca como si fuera un pez.

—Ese hombre no era de Ritter City. Se trataba de un amigo de Sissy Cleese de paso en la ciudad.

—Eso no responde a mi pregunta, Exthor.

La voluminosa cabeza de Exthor se inclinó.

Incapaz de soportar la dura mirada de su superior.

El comandante Shark se situaba tras la transparente mesa circular. Acomodado en el sillón móvil. Cercado por el complicado panel de instrumentos. Columnas deslizantes portadoras de diferentes paneles y pantallas aprecian sostener el abovedado techo de la sala. Pantallas telescópicas de diferentes tamaños, amplificadores de imagen, osciladores, sintonizadores de alcance ilimitado... Todo ello controlado por una especie de robot- ordenador dotado de mecanismo astral.

El comandante Shark también lucía aquel traje azulado metálico de una sola pieza. La anilla del cuello era diferente a la de Exthor. En su macrocéfalo portaba un extraño casquete con filamentos acoplados a sus puntiagudas orejas.

—Fue..., fue un impulso, comandante. Zhosthy y yo atacamos al terrícola. Lo golpeamos, pero de seguro murió de un fallo cardíaco. Simulamos una muerte accidental. Fue introducido en su vehículo y arrojado por un barranco.

—Eres un estúpido, Exthor. Tú y Zhosthy —respondió el

comandante Shark, con una aguda y metálica voz que parecía taladrar los oídos—. Nos encontramos en un planeta extraño. Un planeta habitado por seres inteligentes y marcadamente violentos. Estamos aquí obligados por una avería en nuestra astronave. El triunvirato de vuelo se reúne bajo mi mando para discutir la emergencia. Es necesario tomar tierra y proceder a la reparación. Una decisión arriesgada. Se ultima la operación. Estudiada al máximo. Una operación que estúpidos como tú y Zhosthy pueden echar a rodar.

—La muerte de un...

—¡Silencio! Han sido desobedecidas mis órdenes, Exthor. ¿Crees que es sencillo asentarse en una ciudad extraña, camuflar una cosmonave como la nuestra y suplantar a ochenta y cuatro terrícolas? Corremos peligro de ser exterminados. De no regresar jamás a nuestro planeta Furosyk.

Exthor sonrió.

Su boca de pez descubrió el enorme boquete. Casi de oreja a oreja. Movió de un lado a otro su pesada cabeza.

—Podemos arrasar Ritter City en un nanosegundo.

Los redondos ojos del comandante Shark, aquel enorme iris de sus pupilas, incrementaron su fulgor. Como si quisieran fulminar con la mirada a Exthor.

—La Tierra no es sólo Ritter City. Estamos sobre una de las naciones más poderosas. Por supuesto que nuestras armas e inteligencia son muy superiores a la de los terrícolas; pero precisamente por ser inteligentes no podemos menospreciar al enemigo. Tú y Zhosthy seréis recluidos en la cámara de los motores de la astronave. En Furosyk el Gran Consejo juzgará vuestra desobediencia.

—Ruego clemencia, comandante. No fue un acto de indisciplina. Fue..., fue como una burla al terrestre. Un juego.

—Lo sé. Es divertido demostrar nuestra superioridad a los insignificantes terrícolas. Reír el terror que les originamos. Todo muy jocoso de no estar de por medio nuestra seguridad y el retorno a nuestro planeta.

—No hay peligro de...

—Conocemos poco de la Tierra —interrumpió el comandante—; pero sí lo suficiente para mostrarnos cautos. Se trata de un planeta

decadente. En continuas luchas interiores. A corto plazo camino de su autodestrucción. Un planeta de belicosos habitantes dominados por la ambición y el odio. De ser un planeta con similar civilización al nuestro, no hubiera sido necesario toda esta operación de…, camuflaje. Es triste que en el denominado Sistema Solar sólo esté habitado el planeta Tierra. Lo lógico hubiera sido entrar en contacto con los habitantes del planeta, exponerles nuestra situación y solicitar la ayuda y colaboración de sus técnicos. Imposible hacerlo así. Los terrícolas son bárbaros.

—Y como tales hay que tratarlos.

El comandante se incorporó.

El asiento desapareció automáticamente, adaptándose a un recuadro del brillante suelo.

—Vuelves a equivocarte, Exthor. Los terrícolas no se asustarían ante nuestra presencia. Para ellos somos…, humanoides. Ciertamente somos parecidos a ellos. Con muy pocas diferencias físicas externas, aunque sí internas. Y nuestro privilegiado cuerpo y metabolismo superior nos impide comportarnos como bárbaros. Somos una raza inteligente y vamos a demostrarlo. Burlando a toda una ciudad. Siguiendo el plan trazado. Y todo aquel que desobedezca las órdenes, debe ser apartado. Eso es todo, Exthor. Preséntate ante el teniente Koshan.

—Suplico que…

—¡Retírate!

De nuevo las abultadas sienes de Exthor palpitaron visiblemente. Hinchadas al máximo. No replicó. Bajando la voluminosa cabeza giró abandonando la estancia. La puerta de guillotina se cerró tras él.

Un largo corredor, con calzada deslizante a ambos lados, partía desde el puesto de mando del comandante hasta el módulo de servicio de la astronave. Exthor se cruzó con algunos compañeros. Muy pocos. La mayoría de la tripulación no se encontraba en la cosmonave.

Exthor acudió hacia el espacioso habitáculo de recreo.

Allí estaba el teniente Koshan. Casi juntos los iris de sus dos ojos al posar la mirada en el recién llegado.

—Hola, Exthor. ¿Ya has recibido la felicitación del comandante?

Un extraño sonido, como el blandir de una hoja metálica, brotó de la garganta de Exthor. Movió de un lado a otro su macrocéfalo.

—Permaneceré de turno permanente en la cámara de motores hasta nuestro regreso a Furosyk. Y luego seré sometido al juicio del Gran Consejo.

El teniente Koshan estaba bebiendo el verdoso contenido de un recipiente cilíndrico transparente.

Se aproximó a Exthor.

—Zhosthy ya está cumpliendo ese castigo, pero tú eres mi amigo. No has cometido delito alguno. El matar a un terrícola es como el desembarazarnos de uno de nuestros animales domésticos.

—El comandante asegura que he puesto en peligro la operación.

—Absurdo. Yo estoy al frente del sistema de seguridad. Yo dirijo a todos nuestros hombres que han suplantado a los terrícolas y a los..., robots. Tenemos la situación controlada. Nadie sospecha nada. Los terrícolas son seres insignificantes. Fáciles de dominar.

—Eso mismo comentó al comandante.

Koshan rió.

En metálica carcajada.

—Shark es un sentimental. El darle el mando de la astronave fue como una recompensa a sus muchos años de servicio. Ya no volverá a viajar jamás por el espacio. A nuestro regreso a Furosyk, el comandante será recluido en una de las Ciudades Paraíso. A vegetar allí. Ya no es digno de figurar al mando de la astronave. No es peligro el liquidar a un terrícola. Antes de decidir la operación estudiamos el comportamiento y costumbres de los terrícolas y las características del planeta. No olvides que yo formo parte del triunvirato de vuelo.

Koshan hizo una pausa.

Volvió a beber del cilindro.

—Los terrícolas son gente divertida. Sus placeres, vicios e instintos no están programados como en nuestro planeta. No son rutinarios ni artificiales. He hablado de ello con alguno de nuestros hombres. Están disfrutando al máximo su nueva condición de..., terrestres.

Exthor asintió.

Con un repetido movimiento de su pesada cabeza.

—Lo sé. Zhosthy me habló de ello.

—Las terrícolas... ¡Por el gran Whoman! —exclamó el teniente Koshan—. Bellas criaturas... Casi me hacen olvidar a las de nuestra

especie.

—Exageras. Esos largos cabellos las semejan con animales, el intenso color de la piel, los ojos tan separados... Me resultan repulsivas, aunque sí es enloquecedor el experimentar sus placeres. Eso dijo Zhosthy.

—Yo voy a disfrutar de ellas.

—¿Que tú...? No puedes hacerlo, Koshan. Tu puesto está aquí. En la astronave. Dirigiendo a todos nosotros y controlando la marcha de la operación. Ordenes del comandante.

—También el comandante ordenó que fueras a la cámara de motores. Y no voy a permitirlo, Exthor. Simularé y computaré la orden. Yo voy a ausentarme en la noche de hoy. Daré descanso a uno de los..., robots y tomaré su puesto, suplantando al terrícola. Me decidiré por el alcalde de Ritter City. Está casado con una hembra terrícola de pelo rubio.

—¿Rubio?

La carcajada de Koshan resonó en el habitáculo.

—Sí, Exthor. Rubio como los rayos de nuestro sol. Quiero acariciar esos cabellos. Sentir el calor de la piel de la terrícola. Aprisionar entre mis manos sus poderosos senos... ¡Acompáñame! Yo, pronto alcalde de Ritter City, te invito a la fiesta.

Los dos humanoides comenzaron a reír.

En ruidosas e infrahumanas carcajadas.

CAPITULO VI

Keith Wooward había asistido a la incineración del cadáver.

Las cenizas de Lee Stratten fueron depositadas en una de las cajas del Crematorio Catorce de Ritter City. Se le había efectuado una rextopsia. Su cuerpo no fue pasto del mercado de trasplantes. Lee Stratten fue un ciudadano catalogado en el grupo USA-VIP-AAdf. Con facultades para decidir en vida el no donar sus órganos. Otros ciudadanos de los EE.UU., los de menos cualificación profesional, social o económica, eran carne de quirófano después de muertos.

Lee Stratten siempre fue un solitario.

Y pocos asistieron a su funeral.

—¿Qué haces aquí, Keith? Tú sólo acudes a los entierros macabros. Cadáveres mutilados, horribles asesinatos y...

—Lee Stratten era un buen amigo mío. Un viejo amigo.

Malcom Clarke, agente especial de Seguridad Ciudadana, borró la sonrisa de su rostro.

—Disculpa, Keith.

—¿Has tramitado el caso, Malcom?

Los dos hombres caminaban por el sendero ajardinado del Crematorio Catorce. En dirección a la salida.

—Sí. El Dazzling fue hacia la barra de protección del barranco. A gran velocidad. Chocó violentamente y se precipitó al vacío.

—El Dazzling es un modelo dotado de seguridad automática. Todo desvío anormal en la carretera, toda proximidad de choque, es detectada y rectificada. Entran en funcionamiento los sistemas de seguridad y el auto frena antes del impacto.

—Lo sé. El equipo técnico lo ha investigado. En la «caja negra» del Dazzling se detectó una avería en el sistema de seguridad. Una avería muy extraña.

—Explícate.

El policía extrajo una cajetilla de tabaco.

Ofreció un cigarrillo a Wooward,

—Los técnicos dicen que no se trata de una avería propiamente dicha. Al menos no logran averiguar su origen. Lo cierto es que el sistema de autoseguridad del Dazzling dejó de funcionar por espacio de unos segundos. Coincidiendo fatalmente con el inicio del accidente. Fue como si una interferencia anómala dejara sin funcionamiento el sistema de seguridad. Ahora, al investigar, todo está correcto. Todo funciona perfectamente.

—En verdad es extraño. AL igual que Lee, todo un experto conductor, se saliera de la carretera incapaz de dominar el vehículo.

—El tal Stratten también era un individuo extraño.

—¿Qué quieres decir?

Habían llegado a la zona parking del Crematorio.

Un blindado Loud-XX se encontraba estacionado en lugar reservado. En la carrocería, a ambos lados, el distintivo luminoso de Seguridad Ciudadana.

El auto de Keith Wooward era un Spinker de fibra de aluminio y techo de cristal filtrante. Un modelo biplaza. Estacionado en la zona de parking público.

—Esta mañana recibí comunicación de Seguridad Ciudadana de Walsh Pass —dijo Malcom Clarke—, Gary Salkow, jefe de zona, solicitó entrevista por video-audio con el agente que tramitaba el accidente de Stratten.

—Gary Salkow era amigo de Lee.

—Correcto. Eso fue lo primero que me comentó el tal Salkow. Parecía muy impresionado por la muerte de Stratten. Me preguntó si había algo extraño en el accidente. Algo anormal.

—¿Por qué esa pregunta?

—Parece ser que Stratten investigaba la..., la desaparición de un autocar de la línea Walsh Passs-Ritter City,

—¿Desaparición? —Keith Wooward arqueó las cejas—, Mi video-tex no me ha facilitado semejante noticia.

Malcom Clarke esbozó una sonrisa.

—Por supuesto. No hay tan desaparición. Stratten estaba obsesionado con esa idea. Una amiga, una periodista colaboradora de la Lenz Press llamada Sissy Cleese, permaneció unos días en Walsh Pass. Allí conoció a Stratten. La muchacha salió en el autocar con destino a Ritter City. Olvidó todo el trabajo gràfico en la caja fuerte del hotel. Stratten decidió dar alcance al autocar para entregar el

paquete a la joven. Llegó ante la primera gasolinera de la autopista sin descubrir al autocar. Allí fue informado de que el vehículo de la Station Walsh aún no había pasado. Stratten circuló en sentido contrario. Nuevamente sin descubrir al autocar.

—Creo recordar que los vehículos de la Station 48-Walsh son rojos con franjas amarillas. Muy llamativos.

—En efecto.

¿Y pasó desapercibido para Lee? ¿Por dos veces?

—Ahá.

Keith Wooward arrojó el cigarrillo.

Movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Todo es muy extraño...

—Stratten acudió a su amigo policía. A Gary Salkow. Le informó del hecho. Salkow, por supuesto, no le creyó una sola palabra. Se limitó a comprobar que el autocar supuestamente desaparecido llegaba puntualmente a su destino. Sin incidente alguno. Sin haber alterado para nada su programado viaje-ruta, seguido escrupulosamente por Pista Control.

—El que Lee se desplazara hasta aquí significa que no estaba del todo conforme con todas esas explicaciones.

—Tal vez quiso llevar su galantería al máximo y entregar personalmente el paquete a Sissy Cleese; aunque ciertamente se olvidó de ello. Hemos encongado el paquete en el Dazzling. Al abrirlo, hemos visto el material filmado. Ahora, después de mi conversación con Salkow, sé que pertenece a esa muchacha.

Keith Wooward volvió a denegar con un movimiento de cabeza.

—Conocía bien a Lee. Era un testarudo. Pocas veces daba su brazo a torcer. Y no era individuo fácilmente impresionable. Era realista. Poco amigo de fantasías.

—¿No te parece fantástica la desaparición de un autocar programado?

—Lee parecía estar siguiendo algo. Algo interesante. Esas fueron sus palabras. Comentó que después me hablaría de ello. Quedó en acudir a mi apartamento. Yo estaba en el apartamento cuando el video-tex cursó la noticia del accidente por el emisor local. Apenas prestaba atención. Noticia local, accidente de tráfico... Sólo al leer el nombre de Lee Stratten reaccioné. Y no daba crédito a la noticia. Lee muerto en un vulgar accidente de circulación... No, condenación. Era

difícil de creer.

—Hay cosas más difíciles de creer, Keith. ¿Imaginas a Stratten víctima de los extraterrestres?

—¿Es una broma?

Malcom Clarke respiró con fuerza.

—Por supuesto. Una broma estúpida. Hoy se recibió una llamada anónima en Seguridad Ciudadana. Procedente de Walsh Pass o de su zona de alcance. La muerte de Lee Stratten, publicada en los periódicos de hoy en Walsh Pass, ha originado un gran impacto. Stratten era muy popular y admirado por su labor en WHM-3 Radio.

—La llamada anónima... Háblame de ella.

—Un loco, Keith. Uno de esos estúpidos bromistas. Aseguró que Lee Stratten había sido víctima de tos extraterrestres descendidos de un OVNI.

* * *

Keith Wooward encendió el enésimo cigarrillo.

Se encontraba en el interior de su auto. Reclinado en el asiento. Ya era de noche en Ritter City. Los faros y señales luminosas del Spinker apagados. Estacionado en Field Boulevard. A poca distancia del bungalow 843.

Cuatro horas de espera.

Le resultò sencillo localizar el domicilio de Sissy Cleese. Periodista. Y en la Lenz Press se contaba con un archivo de microfilmación con las fichas de todos los periodistas de California. Casualmente, Sissy Cleese realizaba un trabajo para presentarlo a concurso en la Lenz Press. Un trabajo gráfico sobre los desfiladeros de Walsh Pass.

Wooward descubrió también los motivos que llevaron a su amigo Stratten hasta el Lenz Building. Informarse del domicilio de Sissy Cleese. Sin duda para poder entregarle en mano el olvidado paquete e interrogarla sobre el viaje realizado.

Sissy Cleese no se presentó durante todo el día en el Lenz Building.

Ni había aparecido por su bungalow.

Keith Wooward, después de despedirse del agente de Seguridad

Ciudadana, investigó el domicilio de Sissy Cleese. Se desplazó alrededor de las once a.m. Hasta el 843 de Field Boulevard. Sissy Cleese no estaba. Telefoneó tres veces durante la tarde.

Y ahora se encontraba allí.

En espera de que apareciera la muchacha.

Cuatro horas de espera.

Tiempo más que suficiente para que la mente de Keith Wooward no descansara. Asaltada por infinidad de hipótesis sobre la muerte de su amigo. Descabelladas ideas, incrementadas por aquella absurda llamada anónima denunciando a los extraterrestres. Tan fantástica e irreal como la supuesta desaparición del autocar de la Station Walsh.

Wooward arrojó el cigarrillo por la ventanilla.

A lo lejos de la longitudinal Field Boulevard divisó tos faros de un auto que se aproximaba veloz. El tráfico era nulo. Barrio Bitts era una de las zonas más tranquilas de la ciudad. Máxime en aquella avanzada hora de la noche.

El auto se detuvo frente al seto de entrada al bungalow 843.

Los ojos de Keith Wooward se entornaron.

Como si quisiera hacer más penetrante su mirada.

El vehículo era un Vox-Dorado. Modelo altamente costoso. Reservado casi en exclusiva a los poderosos. La persistente crisis económica mundial, latente también en los EE.UU., hacía muy difícil la adquisición y mantenimiento de modelos como el Vox-Dorado.

Una mujer descendió del auto.

Keith Wooward la identificó.

Sissy Cleese.

Había visto y oído su fotografía en los archivos microfilmados de la Lenz Press. Una fotografía reciente de Sissy Cleese. Cuando culminó su carrera de periodismo e intentó introducirse en la plantilla de la Lenz Press. Sin éxito por el momento. Eran muchos los aspirantes a figurar en la nómina de la poderosa cadena de la Lenz Press.

Los ojos de Wooward continuaban fijos en la muchacha.

Inclinada sobre la ventanilla del Vox-Dorado. Hablaba con el conductor. Este no resultaba visible para Wooward. Fue una despedida breve. La joven giró sobre sus talones encaminando sus pasos hacia el bungalow mientras que el Vox-Dorado reanudaba la marcha.

Keith Wooward contempló la salida del vehículo por el panavisor interior. Ya lo suficientemente lejos, salió con rapidez del Spinker. A grandes zancadas, acudió hacia el seto de entrada. Dos senderos conducían hasta el bungalow. Uno de ellos estrecho. Escoltado por flores y permitiendo el paso de una sola persona. El otro, ancho y asfaltado, para vehículos.

La muchacha estaba haciendo girar el pomo-combinación de la puerta de entrada a la casa. Al entreabrir la hoja se encendió automáticamente el sistema de electroluminiscencia del bungalow.

Y fue entonces cuando sonó la voz de Wooward.

—¡Un momento, Sissy…!

La muchacha respingó.

Giró a !a vez que ahogaba un grito de sorpresa.

—¿Quién…?

Keith Wooward ya había alcanzado les dos escalones del porche.

Sonrió a la joven.

Tranquilizador.

—No te asustes, Sissy. No temas. Soy un amigo.

El rostro femenino no borró aquella mueca de sorpresa y temor.

—¿Qué quiere?

—Mi nombre es Keith Wooward —le mostró la identificación oficial—. Pertenezco a la Lenz Press. Te mostraré también mi credencial de…

—¡Oh, no es necesario! —exclamó Sissy, sonriente—, Ahora te he reconocido, Keith. Tu fotografía ilustra todos tus reportajes de crónica negra. Yo soy una apasionada lectora. También te he visto deambulando por los salones sociales del Lenz Building

—¿De veras? Me sorprende no haber reparado en ti. Tu belleza es imposible que pase desapercibida.

Los gordezuelos labios de Sissy ampliaron la sonrisa.

—Yo no pertenezco a la Lenz Building y no…; pero entremos. Estoy intrigada por conocer el motivo de tu visita.

Cruzaron el living pasando al contiguo salón.

Sissy se despojó de una corta capa anudada al cuello por un cordón dorado. Descubriendo su favorecedor modelo túnica griega. Corto, sin mangas y con un audaz escote en «V». La falda a mitad de los mórbidos muslos.

—¿Quieres beber algo, Keith?

—No. Más bien tengo hambre. No he cenado. Llevo más de cuatro horas dando vueltas por Barrio Bitts. Esperándote.

Sissy parpadeó.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No es un asunto muy agradable, Sissy. Creo que ignoras...

—Un momento —interrumpió la muchacha, con leve sonrisa—. Acompáñame a la cocina. Primero comes algo y después hablamos. Sígueme.

Keith Wooward quiso protestar, pero ya la joven abandonaba el salón, dirigiendo sus pasos hacia otra de las estancias del bungalow.

El mobiliario de la cocina era modular. Alguno de los aparatos, como el refrigerador termoeléctrico de puerta de vidrio, abatible a voluntad. En una de las paredes se acoplaba una combinación de horno electrónico, congelador de alimentos y lavador ultrasónico.

Sissy tecleó en el panel.

Seleccionando una bandeja de alimento congelado y deshidratado. En breves minutos, la bandeja asomó ya humeante por el expulsor. Lista para ser consumida.

Wooward se había suministrado un bote de cerveza.

—¿No me acompañas, Sissy?

—Yo sí he cenado —sonrió la muchacha—. Aprovecharé para darme una ducha rápida y cambiarme de ropa, ¿de acuerdo?

Keith Wooward asintió atacando ya el plato combinado.

Sissy desapareció en uno de los dormitorios del bungalow. De uno de los armarios extrajo una negligé y una bata que extendió sobre el circular lecho. Se despojó de la túnica acudiendo al contiguo cuarto de baño.

Fue una ducha rápida, aunque Wooward resultó más veloz.

Sissy quedó unos instantes inmóvil bajo el umbral del cuarto de baño. Estaba envuelta en una toalla. Sujeta bajo las axilas. Diminutas gotas de agua perlaban todavía los desnudos hombros femeninos. Parpadeó repetidamente. Contemplando a Keith Wooward. Este se encontraba en el dormitorio. Sentado frente al espejo del *boudoir*. Con un cigarrillo en los labios.

—Eres muy rápido comiendo, Keith.

—Todo un tragón.

—Y un poco insolente. No es correcto entrar en el dormitorio de una dama. Al menos sin ser invitado.

—Podías necesitar ayuda. Enjabonar la espalda o cualquier otra cosa.

Sissy terminó por sonreír.

Divertida por el cinismo de Wooward.

—No te muevas de ahí, Keith —advirtió la muchacha, avanzando hacia el lecho—. Y sin apartar la mirada del espejo. Voy a vestirme.

—Soy un caballero, Sissy.

—Lo dudo. Es fácil deducirlo por tus escritos en la Lenz Press. Tolos tus reportajes son marcadamente sangrientos, deliberadamente sádicos y gratuitamente inmorales. Indignos de un caballero.

—Jamás invento nada, Sissy. Todo basado en hechos reales. Sólo que la realidad es más fuerte que la imaginación. Al menos en muchos casos.

—De eso te encargas tú. De amenizar los hechos a gusto de un público morboso y decadente.

Wooward giró en el asiento.

Se incorporó cuando Sissy tendía sus manos hacia la bata. Lucía ya la negligé. En tul negro con topos. Transparente. Permitiendo admirar los erectos senos y el íntimo sombreado entre los muslos.

Impidió que Sissy se ajustara la bata.

—Habitamos un mundo inmoral y decadente, Sissy…, ¿no opinas así?

Se miraron a los ojos.

Keith Wooward posó sus manos sobre los hombros femeninos. La atrajo contra sí, besándola en los labios a la vez que hacía deslizar los tirantes de la negligé.

Súbitamente las manos de Wooward quedaron inmóviles.

Como paralizadas.

Apartó sus labios de Sissy.

Y al contemplar el rostro de la joven…, Keith Wooward palideció. Los ojos de Sissy estaban totalmente en blanco. Como dos diminutas y escalofriantes esferas de hielo.

CAPITULO VII

La voz de Sissy fue un sensual susurro.

—¿Ocurre algo, Keith?

Wooward continuaba inmóvil. Su mano derecha, después de deslizar el tirante de la negligé, se había apoderado de los turgentes senos femeninos. Y allí quedó. Inmóvil sobre el seno izquierdo.

Sí.

¿Qué le había ocurrido?

Eso mismo se preguntaba Wooward.

Primero fue aquella extraña sensación. Al besar a Sissy. Algo imposible de definir o identificar. Una extraña sensación interior. Como si un sexto sentido lo alertara de algo. Su mente detectó aquella sensación.

Y luego...

Los ojos de Sissy.

Convertidos en dos diminutas esferas blancas. Transparentes. Como bolas de hielo.

¿O tal vez lo había imaginado?

Lo cierto es que los ojos de Sissy lo contemplaban ahora apasionados. Unos bellos ojos castaños. Prometedores. De incitante mirar.

Wooward retrocedió.

Aturdido.

Su reacción fue acompañada de una forzada sonrisa.

—Disculpa... Eres endiabladamente hermosa, Sissy. Capaz de hacerme olvidar, al menos por un momento, el motivo de mi visita.

Los carnosos labios femeninos continuaban exultantes.

Unos labios deliciosos y tentadores, pero ya no para Wooward. No quería besarlos de nuevo. No deseaba experimentar de nuevo aquella espeluznante y extraña sensación. Tal vez hubiera sido fruto de su imaginación, pero por nada del mundo lo intentaría otra vez.

—Un asunto desagradable, ¿no?

—Correcto, Sissy. Sospecho que no estás informada de ello. Ha

ocupado un pequeño recuadro en los periódicos de Ritter City. Un accidente mortal de tráfico no es noticia. Sí se publicó por la categoría del muerto. Por su popularidad. En Walsh Pass fue más comentada.

—Ciertamente no sé de...

—Se treta de Lee Stratten —interrumpió Wooward, recuperando su cigarrillo depositado sobre el cenicero del *boudoir*—. Ha muerto. En un accidente de auto.

Sissy agrandó los ojos.

Incrédula.

—No..., no es posible..., ayer..., ayer mismo... Me despedí de él en la Station Walsh. Y luego tuve la agradable sorpresa de verlo aparecer en mi bungalow. No es posible que...

—Lo es.

—Dios mío...

Sissy se dejó caer sobre el circular lecho. Por unos instantes permaneció con la cabeza inclinada. Sin pronunciar palabra.

—Yo era un buen amigo de Lee, Sissy. Y sospecho que hay algo extraño en su muerte.

—¿Extraño? ¿Qué quieres decir?

—Lee llegó hasta aquí investigando algo. El mismo me dijo, en un fugaz encuentro en el Lenz Building, que iba tras un asunto interesante.

En el bello rostro de Sissy se dibujó el esbozo de una sonrisa.

—Yo era su..., asunto interesante. Lee era un hombre encantador. Lo demostró durante mi estancia en Walsh Pass. Colmándome de todo tipo de atenciones. Yo fui a Walsh Pass para realizar un reportaje gráfico y presentarlo al concurso patrocinado por la Lenz Press. Olvidé el material en la caja fuerte del hotel. Lee se desplazó hasta aquí para entregármelo.

—¿Sólo eso?

—No comprendo...

—¿No te interrogó sobre tu viaje?

—Pues..., no recuerdo. Supongo que sí. Las frases de rigor sobre si disfruté de un buen viaje.

—¿Y fue así? ¿Un buen viaje sin contratiempos?

—Por supuesto.

Wooward aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Hubo algo más, Sissy. No dudo que Lee se interesara por ti, pero algo más lo inquietaba. Algo que ocurrió en el trayecto Walsh Pass-Ritter City. Lee salió tras el autocar de la Station Walsh para darle alcance. Pilotando su veloz Dazzling Y no consiguió localizar a tu autocar.

—Es... es absurdo.

—Lee estaba inquieto, preocupado..., e incluso asustado.

—Tonterías. Yo hablé con él. Estaba totalmente normal. Bromeamos sobre mi olvido. El dijo tener un compromiso y que de seguro regresaría de inmediato a Walsh Pass. Nos despedimos y...

—¿Tienes en tu poder el material olvidado, Sissy?

La joven parpadeó.

Sorprendida.

—¿El... el material?

—Sí, Sissy. Tu trabajo gráfico en Walsh Pass. El que Lee, tan galantemente, llevó desde Walsh Pass hasta aquí.

—Pues..., supongo que sí. Estará por aquí o en mi laboratorio. No recuerdo dónde..., la sorpresa de ver a Lee... De seguro lo dejó por algún sitio y...

—No, Sissy. El paquete fue encontrado por Seguridad Ciudadana en el interior del Dazzling. La policía te lo entregará. De seguro lo han intentado ya, pero tú no has aparecido por el bungalow en todo el día.

—Juraría que Lee se presentó con el paquete en las manos... Tal vez, después de conversar un rato, se lo llevara de nuevo consigo distraídamente.

—Sí. Eso debió ser. No tienes muchas esperanzas de ganar el concurso de la Lenz Press, ¿verdad, Sissy?

—¡Oh, sí...i He puesto muchas ilusiones en ello.

Wooward empequeñeció los ojos.

Fijos en la muchacha.

Dirigiéndole una inquisitiva mirada.

—El plazo de presentación finaliza mañana, Sissy. Me he informado de ello en la Lenz Press. Dudo que tengas tiempo de pasar el trabajo. Te has olvidado por completo de él durante el día de hoy. Ni tan siquiera estabas segura de tenerlo en tu poder.

Sissy quedó perpleja.

Sin reaccionar.

—Yo…, creí…, tenía entendido que el plazo…

—Inténtalo en otra ocasión, Sissy —sonrió Wooward, encaminando sus pasos hacia la puerta—. Me pareces una chica muy inteligente. Adiós, Sissy. Nos volveremos a ver.

Keith Wooward se dirigió al living.

Sin esperar ser acompañado por la muchacha.

Al salir al porche se detuvo unos instantes para encender un cigarrillo. Descendió los escalones. Pensativo. Cuando se disponía a caminar por el estrecho sendero, escuchó el ruido.

Procedente del garaje contiguo al bungalow.

CAPITULO VIII

Fue un deslizar.

Como si alguien se arrastrara furtivamente.

Y luego el mover de los arbustos del jardín. Por una de las zonas laterales del garaje.

Keith Wooward se aproximó a grandes zancadas. Bordeando el garaje. Descubrió el abierto ventanal en la fachada lateral.

Y acto seguido la sombra.

Corriendo por entre los arbustos.

—¡Eh, alto…! ¡Quieto…!

La sombra no obedeció a la voz de Wooward. Incrementó su carrera. Hacia el seto muralla que separaba de la vivienda vecina. No llegó a alcanzarlo. Tropezó cayendo aparatosamente sobre una plantación de bien cuidadas magnolias.

Quiso incorporarse, pero ya era demasiado tarde para huir.

La agilidad y rapidez de Keith Wooward se puso de manifiesto. Le dio alcance saltando sobre él. Rodaron por el suelo intercambiando golpes.

La iluminación, precisamente en aquella zona de división, estaba encomendada a un poste de luz que cubría un amplio radio.

Wooward pudo ver al intruso.

Un individuo de unos cuarenta años de edad. De rostro alargado. Complexión fuerte. Vestía chaquetilla y pantalón gris, con un distintivo en la solapa y en la franja del pantalón. Un uniforme muy conocido en Ritter City. Perteneciente a los empleados de la Spacek Electric.

Los dos contrincantes lograron zafarse y se incorporaron.

Casi al unísono.

Keith Wooward una fracción de segundo antes. Y la aprovechó. Dirigió su puño derecho al rostro del individuo. Con violencia. Un trallazo que hizo caer al intruso, dejándolo con los ojos estrábicos.

Se levantó de nuevo.

Wooward lo golpeó ahora en el estómago.

El individuo se dobló, aferrándose a la cintura de Keith Wooward para no caer. Este alzó la pierna derecha. Levemente flexionada. Dirigiendo un brutal rodillazo a la cabeza de su contrario.

El individuo gimió, impulsado hacia atrás. Se abrió su chaquetilla gris. Y un extraño artefacto, hasta entonces oculto bajo el cinturón del pantalón, cayó sobre la hierba. Un objeto que brilló con fuerza en la oscuridad de la noche. Con un metálico destello que casi resultaba cegador.

Era como una pistola. Cañón muy corto. Anillado. Con segmentados círculos de diferentes tonalidades. La culata y disparador en una sola pieza. Una culata anatómica, aunque diseñada para ser empuñada por tres dedos y un cuarto acoplado al disparador.

Keith Wooward jamás había visto un arma semejante.

Y él era un buen conocedor de todo tipo de pistolas y revólveres. Era su hobby. Tenía una esmerada colección de armas antiguas y modernas.

Hizo ademán de apoderarse del extraño artefacto. Casi olvidando a su contrario. Sí, escuchó su risa. Una gutural carcajada.

El individuo se había incorporado situándose frente a Wooward. Sin hacer ademán de atacar. Sólo riendo. En ronca e infernal carcajada.

—¿Quién diablos eres? —inquirió Keith Wooward—. ¿Qué haces aquí?

El individuo volvió a reír.

Sin responder a Wooward, ni iniciar gesto alguno amenazador.

—¡Al infierno contigo!

Keith Wooward cerró con fuerza su puño derecho. Dispuesto a descargar un violento trallazo, Así lo hizo. Al rostro del individuo. Con intención de romperle el tabique nasal.

Y entonces ocurrió. Lo alucinante.

El puño derecho de Wooward se hundió en aquel rostro. Como si fuera un molde de mantequilla. Como si golpeara a un busto de gelatina.

Resultó espeluznante para Wooward ver salir su puño por la nuca del individuo. Atravesándole la cabeza. Hundido en una carne blanda y mucilaginosa. Deformándole el rostro como si fuera de goma.

Keith Wooward retrocedió alucinado.

Incrédulo.

Con espantados ojos contempló su puño. Como si temiera verlo convertido en un taladro. Y luego desvió la mirada hacia el individuo. La nariz hundida, los ojos, los pómulos… Al igual que una pelota presionada con el pulgar, paulatinamente fue recuperando su anterior fisonomía. De nuevo aquel alargado rostro. Como si nada hubiera ocurrido. Otra vez su risa…

—¿Y bien? ¿Lo intentas de nuevo?

La gutural voz del individuo hizo reaccionar a Wooward. Se abalanzó sobre él. Y fue como lanzarse sobre una estatua de blanda goma. Aferrarse a una masa gelatinosa. Sin consistencia alguna. Un cuerpo que se estiraba y encogía a cada empuje del horrorizado Wooward.

Fue el brazo izquierdo.

El brazo izquierdo del individuo comenzó a alargarse. Desproporcionado. Envolviendo a Keith Wooward como si fuera una serpiente pitón. Un gigantesco tentáculo. Desde los hombros a los tobillos.

Y comenzó a apretar.

A ceñirse, presionando a Wooward.

El terror y la incredulidad eran dominantes en Keith Wooward. Le parecía estar viviendo una pesadilla. Aquello no podía ser cierto. No podía ser real.

La presión sobre su cuerpo en aumento.

Aquel infernal brazo continuaba sobre él. Apenas podía ya respirar. Tenía la sensación de reventar de un momento a otro.

Súbitamente, el individuo estiró con brusquedad el brazo izquierdo, a la vez que reía a carcajadas.

Como divertido por el juego.

Keith Wooward rodó por el suelo con violencia. Girando sobre sí como una peonza. Varias yardas. Hasta quedar inmóvil. Aturdido.

Comenzó a boquear.

A cuatro manos.

Dirigió una aterrada mirada al individuo. Este continuaba riendo. Los brazos en jarras. El brazo izquierdo normal. Sin aquella irreal extensión de segundos antes.

¿O tal vez lo había imaginado?

No.

No había sido imaginado.

Keith Wooward contempló al individuo, sin cesar en sus carcajadas, extendía los brazos al frente. Como Frankestein, aunque aún más aterrador. Ahora fueron los dos brazos. El izquierdo y el derecho. Comenzaron a alargarse. Lentamente. Hacia Wooward. Como si fueran de goma. Y los dedos. También los dedos comenzaron a alargarse. A estirar.

Wooward empezó a gatear.

Tratando de huir.

De pronto reparó en aquel artefacto de anillado cañón. Estaba a su izquierda. A poca distancia. Desconocía su manejo. Incluso si era realmente un arma.

Era su única oportunidad.

Y no lo pensó dos veces.

Se lanzó como un felino. En acrobático salto. Con ambas manos aferró el extraño artefacto, dirigiendo con rapidez el segmentado cañón hacia el individuo.

Su lápida reacción, por lo inesperado, sorprendió al individuo. Este, ya con sus brazos convertidos en longitudinales tentáculos, tas curvó tratando de envolver a Wooward. Al verse encañonado, tos ojos del individuo quedaron en blanco. Convertidos en dos diminutas esferas de hielo.

Keith Wooward apretó el disparador.

Cuando ya los infrahumanos brazos del individuo lo cercaban.

El segmentado cañón del artefacto se tornó iridiscente. Cada uno de sus anillos fue cambiando velozmente de color. De la boca del cañón brotó el invisible rayo. Como una línea de luz. Una fina línea de fuego que envolvió al individuo. Como en cegadora áurea.

Se originó una llamarada.

Como un breve fogonazo.

Luego todo se eclipsó.

Los alucinados ojos de Keith Wooward contemplaron cómo el individuo desaparecía en el aire. Desintegrado. Convertido en minúsculas cenizas.

* * *

Keith Wooward soltó el artefacto.
Sin darse cuenta de ello.
Se incorporó comenzando a caminar como un autómata. Hacia el lugar donde segundos antes se recortaba la figura del individuo. Envuelta por aquella mortífera y destructora línea de fuego.
Se inclinó.
Palpando el terreno.
Nada.
Ni tan siquiera las cenizas. El individuo había sido totalmente desintegrado. Ni el menor rastro de él.
Wooward quedó inmóvil.
Por espacio de unos minutos. Con la mirada fija en el suelo. Giró con lentitud, retornando hacia el lugar de su caída para recuperar el arma.
Y nuevamente, Keith Wooward quedó inmóvil.
Rígido.
Con una mueca de estupor reflejada en el rostro.
Reaccionó inclinándose sobre el terreno y comenzando a buscar por doquier.
La pistola, aquel artefacto de segmentado cañón, había desaparecido.
Keith Wooward comenzó a maldecir. Estaba seguro de haberla dejado allí. Allí la había soltado instintivamente, después de disparar. Y ahora no estaba.
—¡Keith...! ¿Eres tú, Keith?
Wooward giró.
Desde el porche del bungalow avanzaba Sissy. Con una potente linterna en su diestra.
Keith Wooward acudió a su encuentro, arrebatándole la linterna. Casi con brusquedad. Sin darle explicación alguna.
—Keith...
Wooward estaba enfocando ya con la linterna sobre la hierba del jardín. Por entre los arbustos. Por toda la zona donde se había desarrollado su alucinante encuentro con el individuo.
Ni rastro del destructor artefacto.
Wooward ya no buscó más.
—¿Qué ha ocurrido, Keith?
Los ojos de Wooward se posaron en la muchacha.

Forzó una sonrisa.

—Mejor…, mejor que no lo sepas, Sissy. He tenido un encuentro con un… un intruso.

—¿Un ladrón?

Keith Wooward tendió la linterna a la joven.

Sin apartar la mirada de los ojos femeninos. Unos bellos ojos que lo contemplaban con un cierto temor.

—No, Sissy. Dudo que se tratara de un ladrón.

—Avisaré a Seguridad Ciudadana.

—No te molestes, Sissy. Yo no pienso hacer denuncia alguna, pero no te inquietes. Ese intruso no volverá a aparecer por aquí. No volverá a aparecer…, jamás.

CAPITULO IX

Keith Wooward esperó después de pulsar el llamador. Consciente de ser observado por el visor de seguridad. Sí le sorprendió que la puerta se abriera al instante. Con una rapidez no usual en Malcom Clarke.

Y aún más le sorprendió oír la voz.

—¡Keith...! ¡Oh, Keith...!

Una joven corría por el pasillo. Hacia el living. Con una amplia sonrisa en sus carnoso labios. Lucía un seductor conjunto de dos piezas. Peto y short. En tejido blonda elástica. La cintura al descubierto. Al igual que los largos y esbeltos muslos.

La muchacha se colgó del cuello de Wooward.

Y le estampó un beso en la boca.

Keith Wooward se separó de la joven. Sonriente. Posando sus manos sobre los desnudos hombros femeninos.

—La efusiva Angie... ¿Qué haces aquí?

—He llegado hoy. He terminado ya mi curso de especialidad en Los Angeles. Ahora ya sólo me queda esperar destino, aunque de seguro me enviarán a Pasadena. Cuando terminen las obras para el cosmòdromo del Valle de la Muerte, solicitaré venir aquí. He decidido pasar mis días de descanso en Ritter City. Con mi hermano Malcom. Te he telefoneado varias veces a la Lenz Press y...

La joven enmudeció.

Por primera vez reparó en el lamentable estado ofrecido por Wooward.

La chaqueta desgarrada, manchas de barro y hierba en el pantalón, un hematoma en el cuello...

—Me encuentro perfectamente, Angie —sonrió Wooward, adelantándose a la inquietud reflejada en el rostro femenino—. Sólo unas ligeras magulladuras.

—¿Qué te ha ocurrido?

—¿Está Malcom en casa?

—No, pero llegará de un momento a otro. Hace unos minutos hablé con él por el video-audio. Me llamó desde Seguridad Ciudadana para anunciarme que se demoraría aún más. Prometió cenar conmigo, pero ya es más de medianoche.

—Lo esperaré. Necesito hablar con Malcom.

—Ahora debes quitarte esa ropa, darte una ducha y te aplicaré un spray o crema contra las magulladuras. Ven… En la habitación de Malcom encontrarás ropa.

Wooward se dejó conducir dócilmente.

Se encontraba cansado.

Cansado, aturdido…, y asustado.

Penetró en una de las estancias del apartamento. Acompañado de Angie. La joven abrió el armario para extraer una toalla de baño.

—Selecciona tú mismo la ropa, Keith. Voy al botiquín.

Angie salió de la habitación.

Fue primero al salón para desconectar el televisor mural. La llegada de Wooward la había sorprendido contemplando uno de los programas nocturnos de Tele-USA. Eclipsó también la minipantalla del visor de seguridad.

Hizo subir el mueble-bar, camuflado en una de las columnas del salón.

Procedió a preparar un estimulante combinado para Wooward. Fundamentado en dosis de ginebra, whisky, anisette y zumo de naranja. Lo hizo lentamente. Para dar tiempo a que Wooward disfrutara de la ducha.

Minutos más tarde, retornaba a la habitación portando el combinado que depositó sobre la mesa de noche. Fue en busca de un spray y crema. Su nueva entrada coincidió con la aparición de Keith Wooward. Procedente del cuarto de baño contiguo al dormitorio. Con la toalla anudada a la cintura. El desnudo tórax acusaba varios hematomas más. En el costado. También en los brazos.

—¿Qué te ha ocurrido, Keith? ¿Te has arrojado desde una de las terrazas del Lenz Press?

—Algo peor.

—No has cambiado —suspiró Angie—, Siempre en problemas. Acuéstate… ¿Spray o crema?

Wooward sonrió dejándose caer sobre el lecho.

—Crema Es más intimo, ¿no?

—Ya no estoy enamorada de ti, Keith.

—¿De veras?

Las manos de Angie procedieron a un leve masaje sobre el desnudo tórax de Wooward. Acariciadoras.

Se miraron a los ojos.

El rostro de Angie era de un óvalo casi perfecto. Acentuado por el sedoso pelo, recogido en corto peinado. La nariz ligeramente respingona. Labios gordezuelos y húmedos. Ojos almendrados de un verde diamantino. Su frágil cuello entroncaba con un cuerpo pródigo en sensuales curvas. El breve peto controlaba con dificultad los erectos y duros senos juveniles. El short modelando las torneadas caderas y descubriendo la esbeltez de los muslos.

—Mi última visita a Ritter City fue hace unos tres meses —murmuró Angie, con las manos abiertas sobre el pecho masculino—. Y recuerdo que me invitaste a cenar. En Las Vegas. Tomaríamos un Mach-Set para desplazarnos y disfrutar de una inolvidable noche. Esas fueron tus palabras.

Wooward asintió.

Sonriente.

—Lo recuerdo.

—Tampoco yo he olvidado tu plantón.

—Pregunta a tu hermano.

—¿A Malcom? —parpadeó la joven—. ¿Por qué a Malcom?

—Fue tu hermanito quien me retuvo aquel día en las dependencias de Seguridad Ciudadana. Sin duda tú le comentaste nuestra proyectada salida a Las Vegas. Malcom no me considera un tipo recomendable para ti.

—¿Hablas en serio?

—Seguro.

—¡No se lo perdonaré! ¡Siempre gobernando mi vida! ¡Y yo ya soy mayorcita para decidir! ¡Ya he cumplido los veinte años!

—Y los llevas muy bien, Angie.

Volvieron a mirarse a los ojos.

Fue Angie la que comenzó a inclinarse. Lentamente. Aproximando su rostro al de Wooward. Este posó sus manos sobre los hombros de la muchacha. Reteniéndola contra sí. Besando los tentadores labios femeninos. La diestra de Wooward se deslizó. Hacia el flipper del peto. Con intención de dejar libres los turgentes senos

de Angie.

—¡Condenado seas, Keith! ¡Te voy a…!

La súbita y potente voz hizo respingar a la pareja.

Angie se incorporó con rapidez, ahogando un leve grito. Llevó sus manos al peto para evitar su caída.

—Malcom…

—¡Sí, maldita sea…! ¡Yo soy! ¡Y en el momento justo!

—Más bien en el momento inoportuno —sonrió Wooward, aún reclinado sobre el lecho—. Como siempre.

El policía enrojeció.

—Voy a machacarte la cabeza, Keith. Te advertí que no…

—¡Ya basta! —gritó Angie, terminando de subir el flipper—, ¡Ya basta, Malcom! ¿Quién eres tú para entrometerte en mi vida? ¡Ya estoy cansada de ello! ¡De tus consejos, recomendaciones…! ¡Ya basta!

Malcom Clarke bizqueó.

Sorprendido por aquella reacción de Angie. Terminó por mover afirmativamente la cabeza. Conteniendo una sonrisa que pugnaba por asomar a su rostro.

—De acuerdo, Angie. Puedes arrojarte en brazos de un fulano como Keith, pero no en mi apartamento. Aquí, sí mando yo.

—Eres…, eres un… ¡un retrógrado!

—Por supuesto. Y ahora espera fuera, hermanita. Keith debe vestirse.

—¡Retrógrado!

La joven abandonó furiosa la estancia.

Los dos hombres, después de intercambiar una silenciosa mirada, rieron al unísono.

—¿Qué infiernos haces aquí, Keith? ¿Acaso olfateaste la visita de mi hermana?

Wooward se incorporó del lecho.

Se despojó de la toalla acudiendo hacia la silla, donde había colocado la ropa a vestir.

—Fue una grata sorpresa el encontrarla. Era a ti a quien quería ver.

—¡Eh.! ¡Esa ropa es mía!

—Tranquilo. Ya te compraré un par de trajes en compensación.

Malcom Clarke rió por lo bajo. Reparando en las magulladuras y

hematomas ofrecidos por Wooward.

—Comprendo. Te han dado un buen repaso, ¿eh? Lo celebro. Apuesto que fueron los gorilas de Harrison Young. No sólo te dedicas a denunciar sus negocios sucios, sino que se las pegas con su mujer.

—No seas vulgar, Malcom.

—¿Una pelea con el presidente de la Lenz Press?

Wooward hizo una mueca.

—Algo más original, Malcom. Mi pelea ha sido con un extraterrestre.

* * *

Ni una sola interrupción.

Ni una sola pregunta.

Terminó su narración de los hechos sin haber sido interrumpido por los estupefactos Clarke.

—Y eso es todo.

Malcom Clarke reaccionó sacudiendo la cabeza. Sin borrar de su rostro la mueca de incredulidad.

—¿Todo? ¿Acaso te parece poco? ¡Infiernos, Keith...! ¡Tienes imaginación! Deja tu sección de crónica negra y dedícate en firme a la historia de marcianos. Ya no interesan gran cosa, pero puede que tú levantes de nuevo el género.

Wooward estaba junto al mueble-bar.

Preparando su tercer combinado.

—Creí que me conocías más, Malcom. Yo no soy hombre fácil de asustar ni amigo de fantasías. Sólo tienes que dar un repaso a mis escritos. Ninguno de ellos, por espeluznante o irreal que parezcan, son fruto de mi imaginación. Todo lo contrario. Me he dedicado a investigar en cada uno de ellos para no dejarme llevar por la fantasía de los testigos. Esa es mi norma.

—Tu historia es difícil de creer, Keith.

—¿Qué me dices de los golpes? ¿Originados por un fantasma? ¡Maldita sea...! ¡Todo cuanto te he dicho es cierto! ¡Y quiero que lo investigues!

—Acude a Seguridad Ciudadana. Hay una sección especial para

casos como el tuyo.

—¡Oh, sí...! La conozco. Todos se divierten mucho allí —mascullό Wooward, con ira mal contenida—. Todas las historias sobre OVNIS son archivadas y olvidadas. Muy pocas pasan al National Investigation Committee Aerial Phenomena. Como bien dices, el fenómeno OVNI ya no es actualidad. Parece ser que hemos dejado de interesar a los extraterrestres. Ya no nos visitan como antes.

—Te equivocas —intervino Angie, con apagada voz—. En la NASA siguen preocupados por la observación de que somos objeto. No cesan de vigilarnos, Keith; sólo que ahora parecen centrados en nuestra exploración espacial. Como si temieran que, después de conquistado nuestro sistema solar, fuéramos capaces de ir más allá.

Malcom Clarke profirió una soez maldición.

—Es ridículo... Un tipo que se alarga, se encoge, se vuelve blando..., y termina por desintegrarse.

—Correcto, Malcom. Por eso estoy aquí y no en los departamentos de Seguridad Ciudadana. Tú eres mi amigo y quiero que investigues lo ocurrido. Con una denuncia oficial en S.C. nada lograría.

—¿Crees que voy...?

—Sí, Malcom. Lee Stratten acudió a su amigo de Seguridad Ciudadana en Walsh Pass. Este no le hizo caso. Lee Stratten está muerto. Y tú mismo has dicho que fue víctima de un accidente..., extraño. Apuesto que Gary Salkow acusa ahora un cierto remordimiento. ¿Quieres experimentarlo también tú después de mi muerte?

—Tonterías.

—Malcom, por favor... —suplicó Angie—, Yo sí doy crédito a la historia de Keith. Nada pierdes con investigar lo ocurrido.

Clarke volvió a maldecir.

—¿Qué infiernos puedo hacer? ¿Qué investigo?

—Muy sencillo —sonrió Wooward—. En primer lugar conecta tu computer doméstico con el Ordenador Central de Seguridad Ciudadana. Quiero ver en pantalla todas las fonografías de los empleados de la Spacek Electric.

—¡Maldita sea...! ¿No dices que era un extraterrestre? ¿Por qué buscarlo entre los empleados de la Spacek Electric? Pudo haber tomado el uniforme y...

—Hazme caso, Malcom. Y también quiero el nombre y domicilio del propietario de Vox-Dorado matricula CRT-msc-8374-LA.

—¿Nada más?

Wooward sonrió ajeno al sarcasmo de su amigo.

—Será suficiente por el momento.

Malcom Clarke tomó el microordenador doméstico. Manipuló en uno de los mandos. Formando una clave sólo por él conocida. Se abrió un rectángulo en el suelo. En uno de los rincones de la estancia. Deslizándose una de las planchas para hacer subir una mesa-computer con asiento incorporado.

El policía se acomodó frente al panel del computer. Este estaba dotado igualmente de video-tex. Podía comunicar directamente con todos los medios de seguridad de California y, mediante conexión al Ordenador Central, con cualquier organismo de seguridad de los EE.UU.

Malcom Clarke tecleó en el panel. Hizo subir una oculta minipantalla, estableciendo conexión con el Computer Central de Seguridad Ciudadana en Ritter City. Ahora, mediante diferentes claves y siglas, podía acceder a cualquiera de las secciones en demanda de datos computados.

Keith Wooward y Angie permanecían a distancia.

En espera de que Malcom Clarke los llamara.

—Ya está, Keith… La plantilla de la Spacek Electric en Ritter City… Se va a iniciar por el presidente de la compañía. Brooke Kidder. Luego los miembros del consejo de administración…

—No tengo prisa.

—¡Yo, sí, maldita sea! —respondió el agente especial de S.C. incorporándose—. ¡Aún no he cenado! Toma asiento y ya me avisaras cuando aparezca tu…, extraterrestre.

Malcom Clarke abandonó a grandes zancadas el salón.

Wooward encendió un cigarrillo, acomodándose frente al computer. En pantalla continuaba Brooke Kidder. Su «curriculum vitae» en rápidas líneas que cruzaban la pantalla de izquierda a derecha.

Keith Wooward pulsó un botón de la micropantalla.

El video archivador pasó al siguiente miembro de la Spacek Electric. El vicepresidente.

Wooward volvió a pulsar. Sin esperar a que aparecieran los datos

personales y profesionales del individuo.

No era el hombre buscado.

A los quince minutos apareció Malcom Clarke. Con restos de ranswich en la zurda y un trípode de cerveza en la mano derecha.

—¡Animo, Keith! —sonrió burlón el policía—. ¿Por dónde vas? La plantilla de la Spacek Electric en Ritter City creo que no pasa de los quinientos empleados.

Wooward encendía su tercer cigarrillo.

Correspondió a la sonrisa de Clarke.

—Ya he terminado con el personal administrativo. También con el equipo de técnicos. Ahora estoy con los operarios de almacén y...

Keith Wooward enmudeció bruscamente.

En la minipantalla apareció el rostro de un individuo. En un primer plano. Un rostro alargado.

Wooward reaccionó fijando la imagen.

—Es él...

—¿Estás seguro, Keith?

—Totalmente, Malcom. No era intensa la iluminación en el jardín del bungalow, pero ese rostro permaneció a escasas pulgadas del mío. Es él.

Malcom Clarke fue leyendo en voz alta las líneas que iban sucediéndose en la pequeña pantalla.

—Emerson Chapman, nacido en San Francisco, cuarenta y dos años de edad, domiciliado en Ritter City...

Los siguientes datos, también captados con vivo interés por Wooward y Angie, reflejaban la trayectoria profesional de Emerson Chapman. Llevaba cinco años en la Spacek Electric. Actualmente jefe de uno de los hangares de la compañía.

—¿Quieres que retroceda la filmación, Keith?

—No. No es necesario.

Malcom Clarke respiró con fuerza.

—Bien... Ya que me has convencido a investigar en este asunto, lo haré personalmente. Me desplazaré con dos hombres al domicilio del tal Chapman y le interrogaré.

—No lo encontrarás. Emerson Chapman jamás aparecerá.

—Desintegrado, ¿eh? —sonrió el policía—. Apuesto que sí hablas con él. Incluso le preguntaré a su esposa si es capaz de rascarse la planta de los pies sin inclinarse.

—Muy gracioso.

—De no tomarte a broma te enviaría al diablo, Keith. ¿Me acompañas?

—No. Sé que no vas a encontrar a Emerson Chapman. Prefiero que me indiques el nombre y domicilio del VoxDorado.

—Ah, sí... Espera.

Malcom Clarke volvió a teclear en el complicado panel del computer. Abandonó la sección programada pasando a la Control Auto. En demanda de información sobre el vehículo VoxDorado CRT-msc-8374-LA.

La respuesta en pantalla fue rápida.

Casi instantánea.

«Brian McEnroe. 1.736 de Jones Road.»

—¡Infiernos...! Un pez gordo.

—Era de suponer —dijo Wooward, manteniendo la mirada en la pantalla—. No todos pueden disponer de un Vox-Dorado. He oído hablar de Brian McEnroe. Uno de los ingenieros-jefe en la construcción del nuevo cosmòdromo en el Valle de la Muerte.

—Cierto. Casualmente hoy fue entrevistado por la televisión local. Habló de su desplazamiento a Walsh Pass para que, junto con Ritter City, fuera también beneficiada por las nuevas construcciones el Valle de la Muerte. McEnroe regresó a Ritter City en autocar y comentó que su...

—Un momento —interrumpió Wooward—, ¿Regresó en autocar?

—Eso he dicho. Ayer. En el primer autocar de la Station Walsh que...

—Al igual que Sissy Cleese —sonrió Wooward, duramente—. En el autocar que, supuestamente para Lee Stratten, desapareció en ruta. Sissy Cleese, Brian McEnroe... Curioso, ¿verdad, Malcom?

El policía no respondió.

Su rostro, por primera vez, reflejó un gesto de preocupación.

CAPITULO X

Keith Wooward estaba apoyado en el Spinker. Con un cigarrillo en los labios. A poca distancia de la entrada principal al edificio de Seguridad Ciudadana. Arrojó el cigarrillo al ver salir a Clarke.

Acudió al encuentro del policía.

—¿Y bien?

—Emerson Chapman sigue sin aparecer por su domicilio. Acabo de hablar con uno de mis muchachos allí asignado. La señora Chapman se muestra muy intranquila. Asegura que su esposo jamás se había retrasado en...

—¡Maldita sea, Malcom! —cortó Wooward, irritado—. No te pregunto por Emerson Chapman. Yo sé que no aparecerá nunca más. Me parece bien que lo hayas investigado en un principio, pero debes convencerte que Chapman no regresará jamás. Se desintegró. ¡Puede decirle eso a la señora Chapman!

—¿Le pregunto también si su esposo era de goma elástica?

Keith Wooward mesó los cabellos.

Nerviosamente.

—De acuerdo, Malcom... Disculpa. Chapman está muerto. Desintegrado. Puede que sufriera una mutación o algo parecido. Algo que le hacía ser de... de goma

—Emerson Chapman también viajó en el autocar —dijo Malcom Clarke, con apagada voz—. Formulé esa pregunta y la respuesta de la señora Chapman fue afirmativa. Su esposo se desplazó hasta Walsh Pass a visitar a unos familiares. Regresó en el primer autocar de la Station Walsh.

—Tenemos un punto de partida, Malcom. Hay que investigar en todos los pasajeros del...

—¡No, condenación! ¡Nada hay que investigar! He hablado con mis superiores y poco faltó para que me sometieran a expediente disciplinario. Debes reconocerlo, Keith. ¿Qué infiernos investigo? ¿La desaparición de un autocar que llega puntual y sin novedad a su destino? Sólo está lo de Emerson Chapman. Y la señora Chapman ya ha presentado la correspondiente denuncia en el Departamento de

Desaparecidos. Nada más hay que hacer. Nada más puedo hacer yo.

—Yo, sí puedo.

Keith Wooward giró, acudiendo con rápido paso hacia el Spinker.

El policía le dio alcance.

—Quiero ayudarte, Keith; pero me encuentro con las manos atadas. Nada puedo hacer sin estar supervisado por mis superiores. Y ellos quieren pruebas, no narraciones fantásticas.

—Lo sé, Malcom. Me comunicaré contigo si consigo esas..., pruebas.

Wooward se introdujo en el auto.

—Keith...

—¿Sí, Malcom?

—Hay algo más. En mi ausencia volvió a telefonear el anónimo que mencionó a los extraterrestres. Se le detectó la llamada. Ha resultado ser un empleado de la gasolinera de la autopista WP-437-RT. Lo hemos interrogado por video-audio. Dice que mantuvo una conversación con Lee Stratten. Hablaron de un OVNI. Al conocer la muerte de Stratten, está convencido de que es obra de confuso. Por supuesto no se le dio crédito.

Keith Wooward no hizo comentario alguno.

Se limitó a dirigir a Malcom Clarke una significativa mirada.

Acto seguido inició la marcha del vehículo.

Wooward sí podía actuar con libertad, aunque con un evidente riesgo. No era prudente molestar a los poderosos. Y Brian McEnroe era una de las personas más influyentes. No sólo en Ritter City, sino en todo el estado de California. Uno de tos máximos dirigentes en la construcción del cosmòdromo del Valle de la Muerte,

¿Qué relación lo unía con Sissy Cleese?

¿Una simple amistad iniciada en el trayecto de Walsh Pass-Ritter City..., o había algo más?

Brian McEnroe contaba con tres viviendas en Ritter City. Un apartamento en el edificio de oficinas, un bungalow en una zona tranquila y una bonita casa prefabricada en el complejo de Ritter Creek.

Keith Wooward no dudó en el camino a seguir.

Faltaban pocas horas para el amanecer. No era cuestión de presentarse en un domicilio particular a formular preguntas absurdas. Máxime en el domicilio de un individuo de la categoría de

Brian McEnroe. Uno de los ingenieros-jefe seleccionados por el gobierno USA para la construcción del cosmodromo.

No.

Keith Wooward no molestaría, dado lo avanzado de la noche, a tan ilustre personaje. Acudiría a Ritter Creek. Tenía una corazonada. Como si un sexto sentido le indicara aquel lugar. Poco importaba las millas que lo separaban de Ritter Creek.

Era necesario que encontrara algo. Alguna prueba. Un indicio. Algo que hiciera actuar a Seguridad Ciudadana.

Pronto enfiló por la carretera que conducía a Ritter Creek. Una pista reservada casi en exclusiva para tos trabajadores del cosmòdromo y con un carril automático para el transporte de mercancías. Había diferentes controles de seguridad. En evitación de cualquier acto terrorista de la organización Nueva Luz. Un grupo de fanáticos que combatían la meritocracia y pugnaban por conseguir un mundo mejor. En tos EE.UU., en Europa... Unos ilusos en demanda de una utopía.

Keith Wooward pasó sin dificultad los diferentes controles de seguridad.

Llegó a Ritter Creek.

Ya casi con las luces del alba próximas a su aparición.

Ritter Creek era como una especie de avanzadilla. Un puesto más de los muchos que cercaban al futuro emplazamiento miento del cosmòdromo. En Ritter Creek, en sus gigantescos hangares, se almacenaba maquinaria para su traslado al Valle de la Muerte. Igualmente partían mercancías desde Fordsville, Scott Fiat y Lom Hill.

Todas las casas y construcciones de Ritter Creek prefabricadas. En material plástico, colocado químicamente y los hangares con arcos de acero ligero.

Wooward tenía intención de solicitar habitación en el pequeño hotel. Un establecimiento acondicionado para albergar a los técnicos y visitantes de paso que acudían a supervisar las obras y envíos de material.

Descansaría las pocas horas que restaban hasta el amanecer.

Esa era al menos su intención, pero desistió de ello. Fue al divisar el fogonazo. Una llamarada. Silenciosa. Originada en el valle. En la zona de los descomunales barracones.

Aquel resplandor se eclipsó al instante.

Keith Wooward desvió el auto, que ya casi se adentraba en Ritter Creek, enfilando por la pista que conducía a los hangares.

Fue detenido en una barrera-control.

El uniformado agente de seguridad, con el reglamentario multi-rifle en posición de disparo, se aproximó al auto.

—Está prohibido el acceso.

—Soy periodista de la Lenz Press —dijo Keith Wooward, presentando su credencial oficial—. Estoy haciendo un trabajo sobre las obras en Ritter Creek y quisiera echar un vistazo a la zona de los hangares.

El agente sonrió.

Sin molestarse en mirar la credencial.

—¿A estas horas de la noche? No es posible, amigo. Y necesita forzosamente un visado especial del Servicio de Seguridad de la compañía. Lo puede obtener en Ritter Creek, pero nunca para visitas nocturnas. Y ahora retroceda. Está en zona de alarma.

—¿Qué ha sido esa llamarada?

—¿Llamarada?

—Como un fogonazo… Hace unos pocos minutos.

—Tal vez algún relámpago tras las montañas —replicó el agente, encogiéndose despreocupadamente de hombros—. Son habituales, pero el valle está tranquilo.

Keith Wooward dirigió una inquisitiva mirada al individuo, pero no formuló ningún otro comentario. Maniobró para alejarse de la barrera-control.

Y a unas doscientas yardas, después de doblar una curva, se desvió hacia la cuneta. Estacionó bajo unos árboles. En total oscuridad. De un compartimiento del salpicadero extrajo una Warrior-XX calibre esférico del cuarenta explosivo. Con silenciador y rayo de luz acoplado al cañón.

Ajustó el arma a su costado izquierdo. Bajo el cinturón del pantalón.

Descendió del vehículo.

Decidido a caminar hasta los hangares. Estaba seguro de haber visto un fogonazo. Y no se trataba de un relámpago.

Resultó sencillo bordear la barrera-control y descender el montículo que conducía al valle. Una amplia extensión dominada por

gigantescos barracones. La mayoría de ellos, dado el inicio del proyecto de construcción del cosmòdromo, vacíos. De techo móvil y plataformas deslizantes para un mejor acceso de las mercancías a almacenar.

Keith Wooward se adentró por aquel dédalo de barracones.

Amparado en la oscuridad de la noche.

Esquivando las columnas de luz emplazadas a la entrada principal de cada uno de los hangares.

Fue al doblar la esquina de uno de los barracones. El mayor de ellos. El más gigantesco. Casi al final del valle. Lindante con la colina que utilizara Wooward para su descenso.

Sí.

Fue al doblar la esquina cuando Keith Wooward tropezó con alguien. En principio creyó que se trataba de uno de los guardianes del complejo.

No lo era.

Keith Wooward contempló aterrado al individuo de gran cabeza. Una criatura de piel marcadamente blanquecina, ojos tangenciales y boqueante como un pez. Visibles los cuatro dedos de su diestra. Empuñando un artefacto.

Un objeto ya familiar para Wooward.

Estaba siendo encañonado por la pistola desintegradora.

* * *

Keith Wooward obedeció a la muda indicación del humanoide para que penetrara en el gran hangar. Por una de las plataformas deslizantes de acceso inferior. No intentó nada. Consciente de la peligrosidad del artefacto y demasiado impresionado para reaccionar.

Y el estupor se acentuó aún más en Wooward.

El interior del barracón, toda la descomunal extensión del hangar, ocupado por una gigantesca astronave. Un vehículo espacial campaniforme. Estructura semiesférica, con aditamentos en la parte posterior semejantes a timones de dirección. Acosamientos estructurales en la parte superior e inferior. Algunas luces destellaban en cegadoras intermitencias. Sus tres compuertas de

entrada abiertas. Dos de ellas superiores y una inferior.

Una veintena de humanoides rodeaban la cosmonave. Algunos de ellos circulando en vehículos ligeros semejantes a los molaps utilizados por la NASA. Subiendo y bajando por las plataformas de acceso. Hablando en un idioma gutural incomprensible para Wooward.

A la izquierda, casi a la entrada al hangar, se alineaban ocho empleados del complejo de Ritter Creek. Uniformados. Rígidos. Sin mover un solo músculo. Con los ojos muy abiertos. Sin pestañear. Como estatuas.

Dos de los humanoides corrieron hacia Keith Wooward.

Gesticulando.

Abriendo y cerrando con rapidez aquella boca similar a la de un pez. Hinchando las sienes. Palpitando la abombada frente. Parecían furiosos.

El humanoide situado tras Wooward, sin dejar de encañonarlo, respondió a sus dos irritados compañeros. También gesticulante.

Comenzaron a vociferar.

Unos gritos que parecían taladrar los tímpanos de Wooward.

—Por favor, caballeros —dijo súbitamente una voz—. Hay que ser considerados con el terrícola. Hagámonos entender. Es mejor así, ¿verdad, terrícola?

Keith Wooward contempló alucinado al nuevo humanoide. Su vestimenta era igual a la de los restantes, aunque diferente la anilla del cuello. Y hablando un perfecto inglés, con acento californiano.

Aquello era lo espeluznante para Wooward. Ver abrir y cerrar aquella boca de pez articulando palabras en inglés.

—No temas, terrícola. Mi nombre es Shak. Comandante en jefe de la astronave. Procedemos de un planeta desconocido para vosotros. A años luz de la Tierra. Estamos aquí en contra de nuestra voluntad. Por una desgraciada emergencia, pero nuestra forzosa visita ya toca s su fin. Hemos reparado la avería. La astronave está en su cuenta atrás. Abandonaremos la Tierra. Afortunadamente para nosotros. Es un planeta desagradable. ¿Cuál es tu nombre, terrícola? Responde con toda tranquilidad. El aprender todos los idiomas terrestres ha sido muy sencillo para nosotros. Un método que vosotros denominaríais inteligencia artificial.

—Su nombre es Keith Wooward —dijo uno de los humanoides—.

Y es un elemento peligroso.

—¿De veras, teniente Koshan? ¿Por qué es peligroso? ¿Qué podemos temer nosotros de un terrícola?

Koshan movió la boca antes de hablar.

Como si resoplara.

—Aniquiló a Zysman. Lo desintegró con una de nuestras propias armas.

—Ah, sí... Recibí el informe. Un error de Zysman el dejarse sorprender. No fue inteligente. Estaba bajo apariencia terrícola. Debió buscar una disculpa que justificara su presencia allí. Nunca el hacer frente. Incluso resultaría difícil el que se dejara vencer. Nosotros, introducidos en el cuerpo de cualquier terrícola, podemos hacer verdaderos prodigios. Nos es fácil alterar nuestra estructura genética y tenemos un autocontrol sobre nuestro propio metabolismo. ¿Quién se..., reencarna en Sissy Cleese?

—Khistyan.

—Mi felicitación para él. Demostró astucia enmendando el error de Zysman. Hizo desaparecer el arma y fingió...

El comandante se interrumpió ante el rostro de Keith Wooward. Este había palidecido cadavérico. Junto a todo aquel horror añadía el de..., de Sissy. Recordando cuando la tenía en sus brazos y besaba los labios de...

—¿Te encuentras bien, terrícola? —inquirió Shark—, No tengas miedo de nosotros. Nada te va a ocurrir. Ya hemos terminado felizmente nuestra misión. Hemos reparado la astronave y salimos de la Tierra. Fue una gran suerte para nosotros interceptar el autocar. Era necesario encontrar un buen lugar para la reparación. Ese lugar era Ritter Creek. Extensión, maquinaria, generadores nucleares... No hemos necesitado nada de vuestra rudimentaria maquinaria, pero era preciso tenerla en cuenta. En ese autocar viajaban hombres y mujeres vinculados a Ritter City y al complejo Brian McEnroe uno de ellos.

—¿Cómo..., cómo lograron apoderarse del autocar?

La voz de Wooward sonó temblorosa.

Apenas audible.

El comandante rió el esfuerzo de Keith Wooward por articular palabra.

—Nuestra tecnología es muy superior a la vuestra. Un simple

traslator de materia hizo posible el desplazar el autocar hasta el interior de nuestra cosmonave. Manteniendo aparentemente su ruta por la autopista. Creando una especie de duplicado irreal. Cada uno de los ocupantes del autocar fue…, reemplazado. Mis hombres ocuparon sus cuerpos. Una vulgar mutación.

Keith Wooward tragó saliva.

Bañado en sudor.

Temiendo formular las preguntas que atormentaban su mente.

—¿Qué…, qué será de ellos?

—¿Los del autocar? Deben morir. Wooward. De hecho…, ya están muertos. Desde el instante en que mis hombres ocuparon sus cuerpos, quedaron convertidos en…, autómatas. Sin cerebro ni voluntad. Sólo un cuerpo dirigido por nosotros. Ahora, ya finalizada la misión, esos cuerpos perecen. Lo hemos programado para que no sea motivo de alarma. Esos de ahi… —El comandante señaló hacia los inmóviles empleados del complejo— morirán tratando de contener el gran incendio que se originará en los hangares. Otros habitantes de Ritter City sufrirán un súbito ataque al corazón, un accidente, un suicidio… Todo programado, terrícola. No debes preocuparte por esas muertes. El número es insignificante. Vosotros, terrícolas, en sempiternas batallas por la conquista de vuestro propio planeta; no consideráis de valor una vida humana. Unas grandes naciones en la opulencia y otras pasando hambre. Vuestro planeta está maldito. Habitado por ratas que se devoran entre sí.

—Comandante…

Shark desvió la mirada hacia un humanoide procedente de la cosmonave.

—¿Qué ocurre?

—Se aproxima el momento de partir. Y siguen sin aparecer los rezagados.

Los ojos de Shark incrementaron su destello. Ahora posando la mirada en el teniente Koshan.

—¿Por qué no ha cursado las órdenes oportunas, teniente? Todos nuestros hombres suplantadores deberían estar ya en sus puestos. ¡Oblíguelos mediante el traslator!

—Ya se está haciendo, comandante.

—Bien… Acompaña al terrícola fuera de los hangares, Koshan. Sin causarle daño alguno. Dejemos que cuente su aventura, aunque

dudo que le den crédito. Adiós, Wooward. Hasta nunca.

—Quisiera que...

—Lo lamento, terrícola. Comprendo tus deseos de formular muchas preguntas, pero ya no me queda tiempo para ello. Debo supervisar el regreso de los rezagados. Nuestra salida es próxima. ¡Llévatelo, Koshan!

La diestra del teniente avanzó.

Y aquellos cuatro dedos se cerraron con fuerza, atenazando el brazo izquierdo de Wooward para conducirlo fuera del hangar. Caminaron hacia la explanada, donde se emplazaban los helicópteros y vehículos del parque móvil del complejo.

—No te molestes en llamar la atención de los vigilantes —rió Koshan—. Son de los nuestros. Suplantados por..., robots. También podemos hacer eso, terrícola. Convertir a todos los terrestres en esclavos. Y también duplicar nuestras células. Cada uno de nosotros habitando en diez, veinte o treinta terrícolas. Y eso es lo que vamos a hacer otros compañeros y yo. Quedarnos aquí, Wooward. No compartimos las ideas de nuestro comandante. La Tierra es agradable. Dominada por la ambición, el odio, los vicios... Mis compañeros y yo fijaremos las reglas a todo ello. Poco a poco, nos iremos adueñando del planeta. Hasta vuestro cuerpo nos resulta confortable. Lo haremos eternamente nuestro.

—Seréis desenmascarados... Yo haré que se investigue en todos los viajeros del autocar y...

—Insignificante terrícola... Sólo hemos utilizado los viajeros que podían sernos de utilidad. Los demás fueron sometidos a una especie de hipnosis. Vivieron el viaje normalmente. Otros muchos, sin haber estado en el autocar, han sido reemplazados. Imposible adivinar quiénes y cuántos. Tú no vas a decir nada. Vas a morir.

—Tu..., el comandante...

La gutural carcajada del humanoide escalofrió a Wooward.

—¿El comandante...? Ah, sí... Debo ir junto a él para evitar que haga regresar a mis compañeros. Permitiré que él y los que quieran seguirlo regresen a nuestro planeta. Otros y yo nos quedaremos aquí. A dominar la Tierra.

—Vuestro comandante no lo permitirá.

—Cierto. Posiblemente tenga que ser eliminado. No me importa. También tú vas...

Keith Wooward reaccionó.

Tenía que actuar.

La zarpa del humanoide lo había soltado. Y Wooward trepó ágil a uno de los helicópteros. Se apoderó con rapidez de la Warrior-XX. Ya cuando Koshan intentaba encaramarse a la cabina.

Wooward apretó el gatillo.

En posición multifuego. Hasta vaciar el cargador.

Las balas esféricas impulsaron al humanoide con violencia. En sucesivas explosiones. Koshan rodó por el suelo. Entre llamas y humo.

El helicóptero se elevó.

Keith Wooward, mientras se alejaba, divisó al humanoide incorporarse. Estaba con vida. Manipulando en las cartucheras de su ancho cinturón. No utilizó ningún arma contra el helicóptero. Sin duda para no alarmar a los moradores de Ritter Creek.

Sí hizo que el helicóptero dejara de funcionar.

Parando los motores. Como si utilizara un mando a control remoto.

Keith Wooward, incapaz de gobernar el vehículo, contempló cómo emprendía veloz caída hacia las montañas.

EPILOGO

Malcom Clarke sonrió animosamente.

—¿Puedo hacer algo más por ti, Keith?

—Olvídame.

—Has salvado el pellejo de milagro, Keith. Saliste de los hangares en el momento oportuno. El incendio en el generador nuclear provocó una gran explosión y...

—Todo fue provocado, Malcom. Ya he contado que...

—No sigas otra vez con tu ridícula historia de marcianos, Keith. Las autoridades te han advertido de ello. Incluso la Lenz Press no quiere publicar tu reportaje por alarmante. No había tal astronave en los hangares. Nadie la vio partir.

—Pudo ser camuflada. Una barrera invisible protegiendo su partida. Pueden hacer eso..., y muchas cosas más. Emerson Chapman sigue sin aparecer, ¿no es cierto? Sissy Cleese dices que ha muerto y...

—Murió de un ataque al corazón, Keith. Se le hizo la autopsia. Sigue descansando, muchacho. Aún no estás recuperado. Tú puedes recuperarte. Otros... Son más de cincuenta las víctimas de la explosión del generador.

—Déjame en paz.

—Está bien. Keith... Hasta luego.

El policía abandonó la habitación del hospital.

Keith Wooward quedó pocos minutos solo. De inmediato apareció Angie. La joven acudió al lecho para abrazarse a Wooward. Unieron sus labios.

—Hola, Keith... ¿Cómo te encuentras hoy?

—Mejor. Gracias por tus visitas. ¿Cuántos días llevo aquí?

—Hoy cumples una semana. No fue gran cosa. Accionaste a tiempo el asiento salvavidas. Fue tu estado psíquico lo que llegó a preocuparnos. Tu primera declaración, tu reportaje a la Lenz Press...

—¿Tú me crees, Angie?

—Sí, Keith. Lo imagino como una..., pesadilla. Y ha terminado,

¿no es cierto?

Wooward asintió.

En silencio.

¿Había terminado realmente? La astronave había despegado. ¿Resultando vencedor el comandante? ¿O por el contrario. Koshan y los suyos habían logrado sus propósitos?

—Keith… No quiero verte preocupado. Olvida lo ocurrido. Yo te ayudaré a ello.

Wooward sonrió.

—De acuerdo, Angie. Cuento contigo. Ciertamente, voy a necesitar ayuda. Voy a intentar cambiar un poco este mundo. Con mis artículos denuncia. Ya no en la Lenz Press. Buscaré una nueva plataforma.

—Tal vez te pueda ayudar el alcalde de Ritter City.

—¿El alcalde?

—Sí. Se interesó mucho por tu recuperación. Es un buen hombre. Preocupado por los problemas sociales y…

—Lo invitaremos a nuestra boda.

—¡Oh, Keith…! Yo cuidaré de ti…, lo prometo…

Unieron de nuevo sus labios.

Ahora más apasionadamente.

Keith Wooward apretó contra sí el cuerpo femenino. Sin dejar de besar los labios de la joven. Prodigándole audaces caricias.

Angie se removió sensual.

Con los ojos en blanco por la pasión.

FIN

71189

9 788402 092816

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.